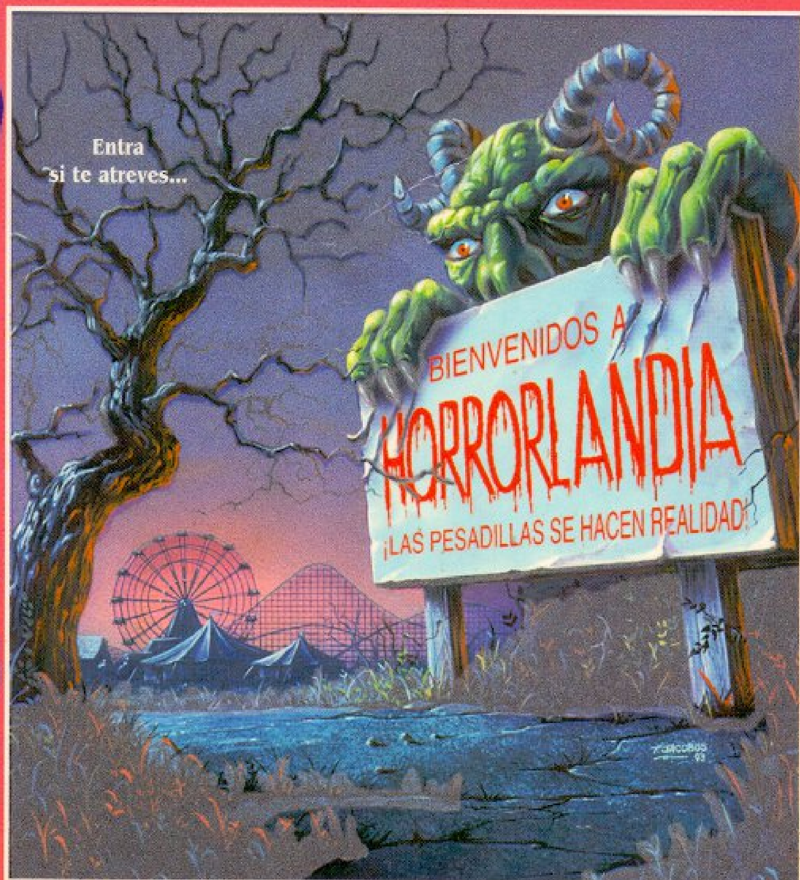
R.L. Stine

Pesadillas®

Un día en Horrorlandia



La familia Morris se pierde cuando trata de encontrar el parque temático de Zoo Gardens. Pero no importa. Encuentran otro parque de atracciones. Se llama Horrorlandia.

En Horrorlandia no hay multitudes. No hay colas. Y se puede entrar gratis.

Parece un bonito lugar.

Pero eso es antes de que empiece el alucinante viaje en el Tobogán Maldito y la aterradora experiencia en la casa de los Espejos.

Porque hay algo extraño en las atracciones de Horrorlandia.

Algo demasiado escalofriante, demasiado real...



R. L. Stine

Un día en Horrorlandia

Pesadillas — 1

ePub r1.1
javinintendero 31.07.15

Título original: *Goosebumps #1: One day at Horrorland*
R. L. Stine, 1994
Traducción: Carme Camps

Editor digital: javinintendero
Edición de portada: Chuso101
Digitalización del texto: Rayul
ePub base r1.0





Cuando cruzamos las puertas de Horrorlandia, no teníamos idea de que antes de que terminara el día todos estaríamos metidos en un ataúd.

Yo soy la más tranquila de la família Morris. Todo el mundo dice: «Lizzy, tú eres la tranquila de la familia.» E intento contar esta historia con tranquilidad.

Pero, creedme, ¡no hay manera!

No teníamos previsto viajar a Horrorlandia. En realidad, nunca habíamos oído hablar de ese sitio.

Íbamos los cinco en el pequeño Toyota de papá, con la intención de pasar el día en el parque temático de Zoo Gardens. Papá se había olvidado el mapa en casa. Pero mamá dijo que sería muy fácil encontrar el parque.

Mamá dijo que cuando nos acercáramos habría muchos letreros que nos indicarían qué camino seguir. Pero hasta el momento no habíamos visto ni uno.

Papá conducía y mamá iba a su lado. Yo iba apretujada detrás, con mi hermano pequeño Luke, que tiene diez años, y el amigo de Luke, Clay.

No era el lugar más cómodo. Mi hermano no puede estarse quieto ni un segundo. En especial en el coche. Tiene demasiada energía. Y es completamente memo.

A medida que avanzábamos, Luke se iba poniendo nervioso. Intentó luchar con Clay, pero no tenían suficiente espacio. Luego intentó echar un pulso con él, y los dos no pararon de darme golpes

hasta que perdí los estribos y les grité que pararan.
—¿Por qué no jugáis a Analfabetos? —sugirió mamá—. Mirad por la ventana para encontrar letras.
—No se puede—replicó Luke—. No hay ningún cartel.
—No hay nada que mirar—gruñó Clay.
Tenían razón. Viajábamos entre campos llanos y arenosos. De vez en cuando se veían algunos árboles esmirriados. El resto era desierto.
—Voy a tomar la próxima salida —anunció papá. Se quitó la gorra de los Chicago Cubs y se rascó la cabeza, en la que el pelo rubio empezaba a escasear—. ¿No la he tomado ya?
Papá es el único miembro de la familia rubio. Mamá, Luke y yo tenemos el pelo completamente negro y los ojos azules.
En realidad, papá no parece pertenecer a la misma familia. Nosotros tres somos altos y delgados, con la piel muy clara. Y papá es bajito y más bien rechoncho, con la cara redonda, casi siempre sonrosada. Yo siempre bromeo con él porque creo que en vez de un director de banco parece más un luchador.
—Estoy seguro de que ya hemos estado aquí —observó papá abatido.
—Es difícil decirlo. Todo es desierto —respondió mamá, mirando por la ventanilla.
—Eres una gran ayuda —masculló papá.
—¿Cómo quieres que te ayude? —replicó mamá—. Has sido tú el que se ha dejado el mapa sobre la mesa de la cocina.
—Creía que lo habías guardado —gruñó él.
—¿Por qué tenía que ocuparme yo de guardar el mapa? —preguntó mamá levantando la voz.
—Basta ya, los dos —interrumpí. Cuando empiezan a discutir no paran. Siempre es mejor interrumpirles enseguida, antes de que realmente discutan.
—¡Soy el Pellizcador Loco! —exclamó Luke. Soltó una truculenta carcajada propia de una película de terror y empezó a pellizcar a Clay en las costillas y los brazos.
Detesto, por encima de todas las cosas, el numerito del Pellizcador Loco que Luke siempre hace. Me alegré de que Clay estuviera sentado en el medio, al lado de Luke, y no yo.

Normalmente, la única manera de que Luke deje de pellizcar es pegarle un tortazo.

Clay empezó a retorcerse y a reír. Él cree que todo lo que hace Luke es divertido. Se ríe de todos sus chistes y bromas estúpidas. Creo que por eso le gusta tanto a Luke.

Los dos empezaron a pellizcarse el uno al otro, y entonces Luke empujó a Clay sobre mí.

—¡Dejadme en paz! —exclamé.

Empujé a Clay hacia el otro lado. Sé que no debería haberlo hecho, pero empezaba a hacer calor en el coche y llevábamos horas allí metidos, ¿qué otra cosa podía hacer?

—¡Lizzy! ¡Chicos! ¡A ver si os reportáis! —gritó papá.

—Papá, nadie dice «a ver si os reportáis» hoy en día —dije con calma.

Por alguna razón, eso le enfureció. Se puso a gritar y enrojeció.

Yo sabía que no estaba enfadado conmigo. Estaba molesto porque no encontraba el parque temático de Zoo Gardens.

—Vamos a respirar hondo y a callarnos —sugirió mamá.

—¡Ay! ¡Deja de pellizcarme! —exclamó Clay, y dió un fuerte empujón a Luke.

—¡Deja de pellizcarme tú a mí! —replicó mi hermano devolviéndole el empujón.

Los chicos a veces son auténticos animales.

—¡Eh, mirad... allí hay un cartel! —dijo mamá señalando un gran cartel verde.

Luke y Clay dejaron de pelear. Papá se inclinó sobre el volante, mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Dice dónde está el parque? —preguntó ansioso Luke.

—¿Dice dónde estamos? —preguntó Clay.

Cuando pasamos por delante vimos lo que anunciaba: CARTEL PARA ALQUILAR.

A todos se nos escapó un gruñido de decepción.

—¡El Pellizcador Loco vuelve! —exclamó Luke dándole un fuerte pellizco a Clay en el brazo. Luke nunca sabe cuándo terminar un juego.

—Esta carretera no conduce a ningún sitio —observó papá frunciendo el ceño—. Tendré que dar la vuelta y regresar a la

autopista. Si es que la encuentro.

—Me parece que deberías preguntar a alguien —sugirió mamá.

—¿Preguntar a alguien? ¿Preguntar a alguien? —Papá explotó. ¿Ves a alguien a quien pueda preguntar?

Papá volvía a tener la cara enrojecida. Conducía con una mano y sacudía la otra con el puño cerrado.

—Quería decir si vemos una gasolinera —murmuró mamá.

—¿Una gasolinera? —exclamó papá—. ¡Ni siquiera veo un árbol!

Papá tenía razón. Miré por la ventanilla y no vi nada más que arena blanca a ambos lados de la carretera. El sol brillaba y la hacía relucir tanto que casi parecía nieve.

—Yo quería ir al norte —maculló papá—. El desierto está al sur. Debemos de haber ido hacia el sur.

—Será mejor que des la vuelta —apremió mamá.

—¿Nos hemos perdido? —preguntó Clay. Percibí cierto temor en su voz.

Clay no es el niño más valiente del mundo. En realidad, es muy fácil asustarle. Una vez, en el jardín trasero, fui por detrás de él sin hacer ruido, de noche, y le llamé en susurros; ¡por poco no se cae del susto!

—Papá, ¿nos hemos perdido? —repitió Luke.

—Sí, nos hemos perdido —respondió papá con calma—. Completamente.

Clay soltó un gemido y se hundió en el asiento. Parecía un globo desinflado.

—¡No le digas eso! —le recriminó mamá.

—¿Qué debería decirle? —preguntó papá con aspereza—. No estamos ni remotamente cerca de Zoo Gardens. ¡Ni siquiera estamos cerca de la civilización! ¡Estamos en el desierto y no vamos a ninguna parte!

—Da la vuelta. Estoy segura de que encontraremos a alguien y le podremos preguntar —dijo mamá con voz tranquila—. Y no seas tan dramático.

—Vamos a morir todos en el desierto —dijo Luke con una extraña sonrisa en los labios—. Y los buitres nos van a sacar los ojos y se comerán nuestra carne.

Mi hermano tiene mucho sentido del humor, ¿no os parece?

¡No podéis imaginar lo que es tener que vivir con una persona morbosa!

—Luke, deja de asustar a Clay —dijo mamá, volviéndose en su asiento para fulminar a Luke con la mirada.

—No estoy asustado —protestó Clay.

Pero parecía asustado. Tenía el rostro muy pálido, y sus ojos no cesaban de parpadear detrás de las gafas. Con el pelo corto y rubio, y las gafas redondas, Clay parecía un búho asustado.

Refunfuñando para sí, papá redujo la velocidad del coche y lo detuvo. Luego dio la vuelta y volvimos por donde habíamos venido.

—Qué gran día de fiesta —dijo entre dientes.

—Todavía es pronto —lo consoló mamá mirando el reloj.

El sol de última hora de la mañana estaba casi en línea sobre nuestras cabezas. A través del techo corredizo noté su calor en la cara.

Continuamos durante casi media hora. Luke quería jugar a Las veinte preguntas o a Geografía con Clay. Pero Clay, malhumorado, dijo que no. Se limitó a mirar por la ventanilla, contemplando el desierto, y cada cinco minutos preguntaba:

—¿Todavía estamos perdidos?

—Y bien perdidos —respondía con tristeza papá.

—No pasará nada —intentaba tranquilizarnos mamá.

Al cabo de un rato volvieron a aparecer los árboles esmirriados. Luego la arena dio paso a campos más oscuros, con árboles y arbustos de vez en cuando.

Yo permanecía callada, con las manos juntas en el regazo, mirando por la ventanilla. En realidad no estaba asustada ni preocupada. Pero deseaba que al menos viéramos una gasolinera, una tienda o algún otro ser humano.

—Estoy empezando a tener hambre —dijo Luke—. ¿Es la hora del almuerzo?

Con un largo suspiro que sonó como el aire que se escapa de un neumático, papá detuvo el coche al borde de la carretera.

Alargó el brazo por delante de mamá para abrir la guantera.

—Ahí tiene que haber algún mapa —dijo.

—No. Ya lo he mirado —apuntó mamá.

Cuando empezaron a discutir, levanté la vista hacia la ventana del techo abierta.

—¡Ah!

Solté un grito al ver un horrible monstruo que me miraba y estaba bajando su enorme cabeza, a punto de aplastar el coche.



Abrí la boca para gritar, pero no me salió ningún sonido.

El monstruo me miraba furioso a través del techo corredero del coche. Era alto como una casa. Los ojos enrojecidos le brillaban de maldad y tenía la boca torcida en una mueca de hambre.

—¡Pppapá! —conseguí balbucear por fin.

Papá estaba inclinado, rebuscando entre los papeles de la guantera.

—¡Vaya! —oí que Luke exclamaba.

Me di la vuelta y vi que él también miraba hacia arriba con sus ojos azules abiertos de par en par, asustado.

—¿Papá? ¿Mamá?

El corazón me latía tan fuerte que creí que el pecho me explotaría.

—Lizzy, ¿qué ocurre? —preguntó mamá con impaciencia.

El monstruo bajó la cabeza sobre nosotros. Abrió la boca completamente, dispuesto a tragarse el coche entero.

Luke se echó a reír.

—¡Uau! ¡Tranquila! —exclamó.

Entonces me di cuenta de que el monstruo no estaba vivo. Era una figura mecánica, parte de una gigantesca valla publicitaria.

Agaché la cabeza para verlo mejor por la ventanilla lateral y vi que papá había detenido el coche justo al lado de la valla. Mis padres estaban tan ocupados discutiendo por los mapas que ni siquiera se habían dado cuenta.

Miré hacia el monstruo de ojos colorados. Éste bajó la cabeza y

abrió sus fauces. Luego las cerró de golpe y la enorme cabeza volvió a subir.

—¡Parece tan real! —exclamó Clay mirándolo.

—A mí no me ha engañado —mentí.

No iba a admitir que del susto estuve a punto de salir disparada del coche por la abertura del techo. Al fin y al cabo, se supone que yo soy la persona tranquila de la familia.

Bajé el cristal de la ventanilla y asomé la cabeza para leer el cartel que había delante del monstruo mecánico. En enormes letras rojas estaba escrito: BIENVENIDO A HORRORLANDIA. ¡DONDE LAS PESADILLAS SE HACEN REALIDAD!

En la esquina superior izquierda había una flecha roja con las palabras: UN KILÓMETRO Y MEDIO.

—¿Podemos ir? —preguntó ansioso Luke. Se inclinó y agarró el respaldo del asiento de papá con las dos manos—. ¿Podemos, papá? ¿Qué te parece?

—Tiene pinta de dar miedo —dijo Clay a media voz.

Papá cerró de golpe la guantera y suspiró. Había renunciado a la idea de encontrar un mapa.

—Luke, deja de tirar de mi asiento —dijo con aspereza—. Siéntate.

—¿Podemos ir a Horrorlandia? —pidió Luke.

—¿Horrorlandia? ¿Qué es Horrorlandia? —preguntó mamá.

—Yo nunca lo he oído nombrar —respondió papá.

—Sólo está a un kilómetro y medio de aquí —informó Luke con tono suplicante—. ¡Parece fantástico!

El monstruo bajó la cabeza sobre el coche, mirando su interior a través del techo corredizo. Luego volvió a levantarla.

—No sé, no me gusta —dijo mamá mirando la enorme valla—. Zoo Gardens es un parque delicioso. Horrorlandia no parece muy agradable.

—¡Parece magnífico! —insistió Luke, volviendo a tirar del asiento de papá—. ¡Parece realmente espléndido!

—Luke, siéntate —ordenó papá.

—¿Por qué no vamos? —intervine yo—. Nunca vamos a encontrar Zoo Gardens.

Mamá no estaba segura y se mordía el labio inferior.

—No sé —repitió—. Algunos de estos sitios no son seguros.

—¡Éste será seguro! —declaró Luke—. ¡Será muy seguro!

—¡Luke, siéntate! —gruñó papá.

—¿Podemos ir? —pidió Luke haciendo caso omiso de lo que su padre le ordenaba—. ¿Podemos?

—Podría ser divertido —dijo Clay en voz baja.

—Probémoslo —dije yo—. Si no nos gusta, nos marchamos.

Papá se frotó la barbilla y suspiró.

—Bueno, supongo que será mejor que quedarnos aquí todo el día discutiendo.

—¡YUPIIIIl! —exclamó Luke.

Luke y yo chocamos las manos abiertas por encima de Clay. A mí también me parecía que Horrorlandia podía ser un lugar fantástico. Me encantan las atracciones que dan miedo.

—Si las atracciones son de terror como ese monstruo —dije señalando la valla publicitaria—, este parque será impresionante.

—No darán demasiado miedo, ¿verdad? —preguntó Clay.

Vi que se apretaba las manos sobre el regazo y volvía a tener aquella cara de búho asustado.

—No, no darán demasiado miedo —le dije.

¡Pero estaba equivocada!

—No puedo creer que alguien haya construido un gran parque temático en este lugar tan inhóspito —declaró papá.

Recorríamos lo que parecía un bosque interminable. Altos y viejos árboles se inclinaban sobre la estrecha carretera, impidiendo casi que nos llegara el sol de última hora de la mañana.

—Quizá todavía no han construido el parque —sugirió mamá—. Tal vez corten estos árboles para construirlo.

Los tres que íbamos en el asiento trasero esperábamos que mamá estuviera equivocada. Y lo estaba.

La carretera se curvaba bruscamente, y cuando salimos de la curva, vimos las altas puertas del parque delante de nosotros.

Tras una alta valla de color morado, Horrorlandia parecía extenderse kilómetros y kilómetros. Yo me incliné hacia delante y vi la parte superior de las atracciones y edificios extraños llenos de colorido. Mientras cruzábamos el enorme aparcamiento al aire libre, una misteriosa música de órgano invadió el coche.

—¡YUPIIIl! ¡Esto parece fantástico! —exclamó Luke.

Clay y yo coincidimos con entusiasmo. Yo no podía esperar a bajar del coche y verlo todo.

—El aparcamiento está casi vacío —dijo papá, mirando con aire intranquilo a mamá.

—Eso significa que no tendremos que hacer mucha cola —declaré yo al instante.

—Creo que a Lizzy le entusiasma este sitio —comentó mamá, sonriendo.

—¡A mí también! —intervino Luke.

Luke dio a Clay un entusiasta golpe en el hombro. Siempre tenía que golpear o pellizcar a alguien.

Atravesamos el amplio aparcamiento. Vi algunos coches aparcados cerca de la puerta principal. En el otro extremo del aparcamiento había una hilera de autobuses de color morado y verde con la palabra «Horrorlandia» escrita en los lados.

Cuando nos acercamos, pude distinguirlo. El mismo monstruo que habíamos visto en la valla publicitaria se alzaba detrás de un gran cartel morado y verde sobre la entrada. El cartel decía: ¡LOS HORRORES DE HORRORLANDIA TE DAN LA BIENVENIDA A HORRORLANDIA!

—No entiendo ese cartel —dijo mamá—. ¿Que son los horrores de Horrorlandia?

—¡Lo descubriremos! —exclamé feliz.

La solemne y misteriosa música de órgano flotaba en el aire en el aparcamiento. Papá aparcó en una plaza vacía a la derecha de la entrada principal.

Luke y yo abrimos las puertas traseras antes de que el coche se hubiera detenido.

—¡Vamos! —grité.

Luke, Clay y yo echamos a correr hacia la entrada. Mientras corría, miré al monstruo verde que se inclinaba sobre el cartel. Éste no movía la cabeza como el de la valla publicitaria, pero parecía muy real.

Miré atrás y vi que mamá y papá se apresuraban a alcanzarnos.

—¡Será fantástico! —exclamé.

Entonces se oyó una ensordecedora explosión que hizo temblar

la tierra y yo solté un grito sofocado.

Horrorizada, descubrí que nuestro coche había explotado y se deshacía en mil pedazos.

3

Tardé mucho rato en dejar de gritar. Hasta que por fin, tragué saliva con fuerza y reprimí mis gritos.

Todos nos quedamos paralizados, horrorizados. De nuestro coche sólo quedaban pequeños fragmentos de metal retorcido y unas cenizas encendidas.

—¿Cómo...? —fue lo único que papá consiguió decir.

—¡Yo... no puedo creerlo! —balbuceé.

—¡Menos mal que habíamos salido del coche! —exclamó mamá. Nos reunió a todos en un gran abrazo—. Gracias a Dios estamos todos bien.

Luke y Clay aún no habían emitido ningún sonido. Tenían los ojos abiertos de par en par y miraban fijamente el lugar donde antes estaba el coche.

—¡Mi coche! —exclamó papá en un susurro ahogado—. Mi coche... ¿Cómo...? ¿Cómo...?

—Estamos a salvo —murmuró mamá—. Todos estamos bien. Qué terrible explosión. No puedo sacarme el ruido de los oídos.

—¡Tengo... tengo que llamar a la policía! —declaró papá.

Echó a andar deprisa hacia la entrada, meneando la cabeza y hablando entre dientes.

—¿Cómo puede explotar así un coche, querido? —preguntó mamá apresurándose a seguirle—. ¿Qué habrá causado la explosión?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —espetó papá airado—. ¡No lo entiendo! ¡Realmente no lo entiendo! Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Parecía presa del pánico.

No me extrañó. La explosión había sido realmente espantosa.

Cuando pensé que todos podríamos haber estado dentro del coche cuando explotó, sentí un escalofrío.

—A lo mejor podemos telefonear a alguna oficina de alquiler de coches —sugirió mamá.

Mamá es como yo, mantiene la calma en cualquier emergencia.

Seguimos a papá, que corrió a una taquilla de la entrada. Dentro había un monstruo verde. Tenía unos ojos amarillos que casi se salían de sus órbitas y unos cuernos oscuros enroscados sobre la cabeza. Verdaderamente era un disfraz excelente.

—Bienvenidos a Horrorlandia —dijo el monstruo con voz baja y áspera—. Soy un Horror de Horrorlandia. Todos los Horrores y yo esperamos que pasen mucho miedo.

—¡Mi coche! —exclamó papá frenético—. Ha explotado. ¡Necesito un teléfono!

—Lo siento, señor. No hay teléfonos —respondió el tipo disfrazado de monstruo.

—¿Cómo? —Papá volvía a tener la cara enrojecida. La frente le brillaba de sudor—. ¡Pero necesito un teléfono! ¡Enseguida! —insistió papá fulminando con la mirada al monstruo verde—. ¡Mi coche ha explotado! ¡No podemos salir de aquí!

—Nos ocuparemos de ustedes —respondió el Horror, que hablaba con una voz ronca que parecía casi un susurro.

—¿Que harán qué? —preguntó papá—. Necesitamos un coche. ¡Necesito un teléfono! ¿No lo entiende?

—No hay teléfonos —repitió el monstruo—. Pero se lo ruego, señor. Permita que nos ocupemos de ustedes. Le prometo que nos ocuparemos de todo. No estropee su visita a Horrorlandia.

—¿Estropear mi visita? —gritó papá con la cara cada vez más colorada—. Pero mi coche...

Otra fuerte emisión de música de órgano me hizo dar un brinco. ¡Aquella música espeluznante me hacía sentir como si estuviera de verdad en una película de terror!

—Nos ocuparemos de ustedes. Se lo prometo —dijo el Horror. Una extraña sonrisa asomó a sus labios. Sus ojos amarillos se iluminaron—. Disfruten de su estancia, y no se preocupen por el

transporte. Los otros Horrores y yo nos ocuparemos de ustedes debidamente.

—Pero... pero... —balbuceó papá.

El Horror señaló el parque.

—Están invitados. Entrada gratuita. Les pido disculpas por lo del coche. Pero se lo ruego, no se inquieten. Les prometo que no tendrán que preocuparse por el transporte.

Papá se volvió a nosotros; el sudor le resbalaba por la frente. Vi que estaba realmente alterado.

—Soy incapaz... en estos momentos soy incapaz de disfrutar de un parque de atracciones —dijo— Me parece imposible que esto haya sucedido. De veras. Tenemos que conseguir un coche como sea y...

—¡Oh, papá, por favor! —pidió Luke— ¡Por favor! ¿No podemos entrar? Ha dicho que se ocuparán de nosotros.

—Sólo un rato —me uní a las súplicas de mi hermano.

—Hemos viajado durante horas —dijo mamá a papá—. Entremos un ratito. Que se desahoguen un poco.

Papá se lo pensó, con el ceño fruncido.

—De acuerdo. Sólo un ratito —accedió por fin.

La música de órgano aumentó de volumen cuando cruzamos la puerta.

—¡Vaya! ¡Mirad eso! —exlamé—. Es como estar en una película de terror.

Nos encontrabamos en una calle adoquinada. A ambos lados se alzaban casas oscuras y extrañas, y unos altos árboles casi impedían el paso de los rayos del sol. El aire era fresco.

De las casas salían unos aullidos profundos, como de lobos.

—¡Es fantástico! —declaró Luke.

Un cartel proclamaba: BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LOS HOMBRES LOBO. NO DEN DE COMER A LOS HOMBRES LOBO, SI PUEDEN EVITARLO.

Los temibles aullidos se hicieron más fuertes.

Luke y yo nos echamos a reír cuando leímos el cartel.

Vi un monstruo verde, uno de los Horrores, que nos miraba fijamente a través de una ventana oscura de una casa que había al otro lado de la estrecha calle. Otro Horror pasó por nuestro lado

con una cabeza humana que agarraba por el largo pelo rubio, balanceándola como si fuera un yoyo mientras caminaba.

—¡Fantástico! —exclamó de nuevo Luke. Al parecer era la palabra del día.

Avanzamos por la calle adoquinada. El ruido de nuestras pisadas resonaba en las paredas de las casas.

—¡Oh! —exclamamos todos con sorpresa cuando un lobo gris, largo y bajo, corrió delante de nosotros. Desapareció en la esquina de una casa antes de que pudiéramos verlo bien.

—¿Era un lobo de verdad? —preguntó Clay con voz temblorosa.

—Claro que no —le respondí—. Probablemente era un perro. O era mecánico.

—Bueno, no cabe duda de que mantienen el parque limpio —dijo mamá, procurando mostrarse animada—. No hay un papel ni una colilla en ningún sitio. Claro que tampoco está muy concurrido.

Papá se rezagó un poco.

—Tengo que encontrar un teléfono —dijo preocupado—. No disfrutaré hasta que no sepa cómo vamos a regresar a casa.

—Pero querido... —empezó a decir mamá.

—Tiene que haber un teléfono en alguna parte —le interrumpió papá—. Id sin mí.

—No. Iré contigo —replicó mamá—. Estás frenético. Me necesitarás para que llame por ti. Los niños se lo pasarán mejor sin nosotros.

—¿Dejarles? —exclamó papá—. ¿Dejarles ir solos?

—Claro —respondió mamá acercándose a él—. Estarán perfectamente bien. Parece un lugar agradable. ¿Qué podría suceder?

Con estas palabras, mamá y papá se marcharon a toda prisa a buscar un teléfono.

—¡Nos reuniremos aquí! —nos gritó mamá.

Luke, Clay y yo nos quedamos solos.

Me volví para observar a mamá y papá alejarse.

Cuando miré al frente de nuevo, vi un lobo negro que salía de detrás de una casa. Bajó la cabeza y lanzó un gruñido de advertencia.

Los tres permanecimos inmóviles cuando nos dimos cuenta de

que sus hambrientos ojos enrojecidos estaban fijos en nosotros.

4

Solté un grito y tiré de Luke y Clay.

El lobo avanzó con la cabeza baja, mirándonos fijamente con sus grandes ojos enrojecidos y la boca abierta.

—¡Es real! —exclamó Clay, tragando saliva con fuerza.

Yo mantenía mi mano sobre su hombro y noté que temblaba.

El lobo soltó un gruñido sordo.

Luego retrocedió de nuevo y desapareció tras la pared de la casa.

—Me parece que es una especie de robot o algo así —informé a Clay.

—Vamos a otro sitio —dijo Clay, que se había puesto muy pálido.

—¿Qué dice ese cartel de ahí? —preguntó Luke.

Corrió hacia el cartel y Clay y yo le seguimos.

El cartel decía: PROHIBIDO PELLIZCAR.

Luke se echó a reír.

—Qué estupidez.

—¡Qué cartel tan tonto! —coincidió Clay.

—¡Este cartel está hecho para ti, Luke! —exclamé, y le di un fuerte pellizco en el brazo.

—¡Eh! ¿No sabes leer? —preguntó enojado, señalando el cartel.

Entonces vi un Horror verde que nos observaba desde el otro lado de la calle. Luego vi a una familia que avanzaba detrás de la hilera de casas. Eran una madre, un padre y una niña pequeña. La niña lloraba por alguna razón. Los padres apoyaban las manos en

los hombros de la niña y parecían muy alterados.

El aullido de un lobo atravesó el aire.

—¡A ver si encontramos alguna atracción! —sugirió Clay.

—¡Alguna atracción de miedo! —añadió Luke.

Salimos de la Ciudad de los Hombres Lobo caminando muy juntos, uno al lado del otro. La calle se ensanchaba y desembocaba en una plaza redonda. La luz del sol volvió a resplandecer en cuanto estuvimos fuera de la ciudad.

Varios edificios de color morado y verde rodeaban la plaza. Vi más familias y varios Horrores vestidos de verde que lo vigilaban todo. Un Horror regordete detrás de un carrito morado y verde vendía helados, ¡helados de color negro!

—¡Caramba! —exclamó Luke haciendo una mueca.

Nos apresuramos a pasar de largo del carrito y por delante de otro cartel de PROHIBIDO PELLIZCAR y nos paramos frente a lo que parecía una alta montaña de color morado.

—¡Es una atracción! —anuncié.

En un lado de la montaña había una puerta, y encima de la puerta había un cartel: TOBOGÁN MALDITO. ¿SERÁS TÚ EL QUE SE DESLICE POR SIEMPRE JAMÁS?

—¡Fantástico! —exclamó Luke, chocando los cinco con Clay.

—Apuesto a que llegas arriba y luego te deslizas hasta abajo sin parar —dije, señalando hacia la parte alta del edificio en forma de montaña.

—¡Vamos! —exclamó Luke excitado.

Corrimos hacia el edificio y entramos por la puerta lateral. Dentro estaba oscuro y hacía frío. Una ancha rampa se curvaba hacia arriba.

Oí risas y gritos de niños pero no vi a nadie. Los tres subimos la rampa medio corriendo, ansiosos por llegar a la cima.

Aproximadamente a medio camino, nos detuvimos para leer otro cartel: ¡ATENCIÓN! ¡TÚ PUEDES SER EL QUE SE DESLICE HASTA LA MUERTE!

Seguí oyendo los gritos de los niños que bajaban por el tobogán. Pero estaba demasiado oscuro para ver nada.

—¿Tienes miedo, Clay? —pregunté, pues había observado su expresión tensa.

—¡Claro que no! —respondió él, avergonzado por mi pregunta —. He visto estas cosas antes. Son como enormes toboganes. Te sientas y bajas resbalando.

—¡Deprisa! —apremió Luke corriendo delante de nosotros.

—¡Eh, espera! —grité yo.

Les seguí hasta la parte superior de la rampa. Nos encontramos en una amplia plataforma. Una hilera de largos y curvados toboganes, numerados del uno al diez, se extendía hasta el final de la plataforma.

A pesar de la penumbra pude entrever a dos Horrores que nos observaban. Estaban de pie frente a los toboganes.

Sus ojos saltones se iluminaron mientras nos acercábamos.

—¿Te deslizas hasta abajo del todo? —preguntó Luke a uno de ellos.

El Horror asintió.

—¿Vas muy deprisa? —preguntó tímidamente Clay, que se había quedado unos pasos detrás de nosotros.

El Horror volvió a asentir.

—Es un tobogán muy largo —rugió.

—Cuidado con el tobogán que elegís —advirtió el otro Horror—. No cojáis el Tobogán Maldito —dijo señalando el número pintado en negro delante de cada tobogán.

—Sí. No elijáis el Tobogán Maldito —repitió su compañero—. Os deslizaréis por siempre jamás.

Yo me eché a reír.

Sólo trataba de asustarnos... ¿no?



Elegí el tobogán número tres porque éste es mi número de la suerte. Luke se sentó en el tobogán de al lado, el número dos, y Clay corrió hasta el otro extremo y se instaló en el tobogán número diez.

Miré atrás para ver qué hacían los Horrores. Pero antes de que entraran en mi campo visual, sentí que el suelo se inclinaba.

Solté un largo y agudo chillido cuando empecé a deslizarme.

Levanté los brazos sobre la cabeza, me eché hacia atrás y no paré de gritar. Mis gritos resonaban en el enorme y oscuro cañón del edificio del Tobogán Maldito.

Era una sensación extraordinaria. El tobogán se curvaba y curvaba, y yo bajaba girando en la oscuridad cada vez más deprisa.

En la penumbra veía a Luke en el tobogán de al lado. Estaba tumbado de espaldas, con la mirada fija y la boca abierta de par en par.

Intenté llamarle, pero el tobogán describió una curva y yo con él.

Me deslizaba tan deprisa que la oscuridad se convirtió en una masa sólida indistinta.

El tobogán ascendía, daba la vuelta y luego volvía a bajar. «Soy una montaña rusa humana», pensé contenta.

Abajo, abajo. Cada vez estaba más oscuro.

«Voy a más velocidad que la luz», pensé.

Miré de un lado a otro, tratando de ver a Luke y Clay. Pero estaba demasiado oscuro y yo avanzaba demasiado deprisa.

Demasiado deprisa.

Y entonces, ¡plaf!

Se abrió una puerta y caí al suelo con fuerza, aterrizando con el trasero.

Fuera. Volvía a estar fuera.

¡Plaf!

Luke cayó a mi lado, tumbado de espaldas, y no hizo ningún esfuerzo para levantarse.

Me sonrió.

—¿Dónde estoy?

—Otra vez en el suelo —le dije, poniéndome de pie. Me sacudí los pantalones y me llevé la mano detrás de la cabeza para arreglarme la trenza—. Qué atracción tan estupenda, ¿no?

—Subamos otra vez —dijo Luke sin moverse.

—No podemos volver a subir si no te levantas —dije.

—Ayúdame.

Me tendió la mano.

Solté un gruñido tirando de él hasta que se sentó.

—Levántate tú solo —dije con impaciencia.

—Gritabas mucho ahí dentro —me informó.

—Lo hacía a propósito —me defendí—. Quería gritar.

—Sí, claro. —Puso los ojos en blanco. Luego se levantó—. Caramba. Estoy un poco mareado. ¿A qué velocidad crees que íbamos?

Me encogí de hombros.

—Muy deprisa. Ahí dentro está tan oscuro que es difícil saber qué velocidad se alcanza.

Entonces me di cuenta de que faltaba un miembro de nuestro grupo. Miré las puertas cerradas en la pared del edificio.

—Eh, ¿dónde está Clay?

—¿Qué?

Luke también se había olvidado de él.

Los dos nos quedamos mirando la parte lateral del edificio, esperando a que Clay apareciera.

—¿Dónde está? —preguntó Luke con voz estridente—. No podía ir mucho más despacio que nosotros, ¿no crees?

Negué con la cabeza. Empezaba a estar realmente nerviosa.

Sentía una fuerte opresión en la boca del estómago. Y tenía las manos frías y húmedas.

—Vamos, Clay —dije sin apartar la mirada de la pared—. Vamos, sal.

Luke se rascó la cabeza.

—¿Adonde habrá ido? —preguntó—. ¿Por qué no ha salido?

—A lo mejor ha salido por delante —sugerí—. Quizás el tobogán número diez te lleva a la parte delantera. Vamos a comprobarlo.

Mientras corríamos hacia la parte delantera del edificio, me regañé a mí misma por asustarme tan fácilmente. Por supuesto que Clay había salido por una puerta diferente. Probablemente nos esperaba delante del edificio, y seguramente él estaría preocupado por nosotros.

Cuando rodeamos el edificio de color morado apareció ante nuestros ojos la gran plaza circular. Busqué con la mirada a mamá y papá, pero no estaban allí. Vi a un par de familias al otro lado del círculo y al rechoncho Horror verde apoyado en su carrito de helados.

No había ni rastro de Clay.

Luke y yo seguimos corriendo hasta la entrada delantera del Tobogán Maldito. Nos detuvimos a unos pasos de la oscura abertura.

—¡No está aquí! —exclamó Luke, recuperando el aliento con esfuerzo.

Yo también respiraba con dificultad. La fuerte sensación de miedo que tenía en el estómago aumentó.

—No. Clay no —murmuré.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Luke. Tenía los ojos muy abiertos de miedo.

Vi a una mujer Horror de color verde de pie justo en el interior de la entrada.

—¡Eh! —grité mientras corría hacia ella—. ¿Ha visto salir de aquí a un niño? —pregunté jadeando.

Los ojos amarillos de la máscara del Horror se salieron de sus órbitas y parecieron iluminarse.

—No. Esto es la entrada. Por aquí no sale nadie —respondió.

—Es rubio y más bien regordete. Lleva gafas —informé—. Va

con tejanos cortos y una camiseta azul.

El Horror meneó la cabeza.

—No. Por aquí no sale nadie. ¿Habéis mirado en la parte de atrás? Todo el mundo sale por detrás.

—¡Él no! —dijo Luke casi chillando—. Estábamos allí. No ha salido.

La voz de mi hermano era aguda y temblorosa. Respiraba tan fuerte que se le veía subir y bajar el pecho. Estaba aterrorizado.

Yo también estaba asustada. Pero sabía que tenía que mantener la calma. Por Luke.

—No ha salido por la parte de atrás —dije al Horror— y no ha salido por delante. Entonces, ¿qué le ha sucedido?

El Horror permaneció en silencio un largo momento. Luego dijo, con voz tan baja que apenas era más que un susurro:

—Tal vez vuestro amigo ha elegido el Tobogán Maldito.

6

Miré fijamente a la mujer disfrazada de Horror.

—Bromea... ¿verdad? —balbuceé—. Quiero decir, el Tobogán Maldito no es más que una broma.

La mujer también me miró fijamente con sus saltones ojos amarillos y no respondió.

—Los carteles avisan —dijo—. Siempre se avisa.

Se dio la vuelta y desapareció en la oscura entrada. Luke y yo nos miramos con los ojos desorbitados. Tragué saliva con fuerza. Noté que tenía la garganta muy seca. Ahora mis manos estaban heladas.

—Esto es estúpido —dijo Luke entre dientes. Se metió las manos en los bolsillos de los tejanos—. No es más que un tobogán. ¿Por qué quiere asustarnos?

—Supongo que es su trabajo —dije.

—Tenemos que encontrar a mamá y papá —murmuró Luke.

—Antes tenemos que encontrar a Clay —dije yo—. Si mamá y papá descubren que hemos perdido a Clay, se enfadarán y nos harán volver a casa en cuanto le encontremos.

—Si es que le encontramos —dijo Luke con tristeza.

Volví a recorrer la plaza con la vista. Ni mamá ni papá. Dos adolescentes compraban cucuruchos de helado al Horror del carrito. Dos Horrores barrían la plaza con escobas, uno junto al otro.

A lo lejos, oí el distante aullido de un lobo de la Ciudad de los Hombres Lobo. Ahora el sol estaba alto en el cielo. Sentía sus rayos sobre mi cabeza y mis hombros. Pero aun así tenía frío.

—Clay, ¿dónde estás? —pregunté, pensando en voz alta.

—Está deslizándose para siempre jamás —dijo Luke, meneando la cabeza—. Deslizándose por los siglos de los siglos en el Tobogán Maldito.

—Eso es una tontería —repliqué. Pero Luke me había dado una idea—. Vamos —dije, tirándole de la manga. Le empujé hacia la oscura entrada.

—¿Eh? ¿Adonde vamos? —preguntó Luke.

—Vamos a volver a los toboganes —respondí.

Abrió la boca para protestar.

—¿Sin Clay? No podemos volver a subir sin Clay.

—Vamos a encontrar a Clay —dije, cogiéndolo del brazo y empujándolo hacia la puerta abierta.

—¿Quieres decir...?

Mi hermano empezaba a comprender.

Asentí.

—Sí. Vamos a seguirle. Tomaremos el mismo tobogán que ha tomado él.

—El número diez —murmuró Luke. Y añadió, con un solemne susurro—: El Tobogán Maldito.

—Montaremos en él y nos conducirá exactamente adonde él está —dije.

Ascendimos la rampa en silencio. Nuestros rápidos pasos resonaban en la gran montaña hueca.

Pasamos corriendo por delante del cartel que estaba a medio camino de la cima. Volví a leerlo: ¡ATENCIÓN! ¡TÚ PUEDES SER EL QUE SE DESLICE HASTA LA MUERTE!

«Clay, ¿todavía estás deslizándote?», me pregunté.

Meneé la cabeza con fuerza para alejar de mi mente este pensamiento. Claro que no estaba deslizándose todavía. ¡Qué idea tan estúpida!

Los dos Horrores seguían allí, en lo alto de los toboganes.

—Tened cuidado con el tobogán que elegís —advirtió uno de ellos.

—Sabemos cuál queremos —dije sin aliento—. El número diez. Los dos. Juntos.

El Horror que estaba más cerca del tobogán nos indicó que nos

sentáramos. Miré a Luke, que estaba detrás de mí con la cara tensa de miedo.

Me hizo retroceder unos pasos.

—Tal vez no deberíamos —susurró.

—¿Por qué no? —dije con impaciencia.

—¿Y si el aviso es cierto? —preguntó Luke.

—No seas tonto —le regañé—. Esto es un parque de atracciones, ¿lo recuerdas? No matan a los niños ni hacen que se deslicen eternamente. ¡Todo es diversión!

Luke tragó saliva con fuerza.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —respondí—. Bueno, ¿quieres encontrar a Clay o no?

Luke hizo un gesto de asentimiento.

—Pues vamos —ordené.

Me senté en lo alto del tobogán número diez. Luke se sentó detrás de mí, con las piernas pegadas a las mías por fuera.

Noté que el suelo se inclinaba.

Empezamos a deslizarnos.

—¡Clay, allá vamos! —vociferé.

7

Esta vez no grité. Entrelacé las manos en el regazo y apreté los dientes.

No iba a disfrutar de ese viaje. Sólo quería que acabara. Quería resolver el misterio y encontrar a Clay.

Mientras nos deslizábamos juntos Luke se agarró a mí, clavándome las manos en la cintura. Soltó un grito cuando saltamos un gran bache y tuvimos la impresión de que íbamos a salir volando del tobogán.

Luego gritamos los dos cuando el tobogán inició una empinada bajada, casi recta, y empezamos a caer.

Llegamos abajo y entonces el tobogán describió una pronunciada curva a la derecha. Los dos gritábamos a pleno pulmón.

Cada vez nos deslizábamos más deprisa en la absoluta oscuridad; todo era negro.

Intenté ver si avanzábamos igual que los otros toboganes. ¡Pero estaba tan oscuro que no podía ver ni mis zapatos!

Luke se aferraba a mi cintura con tanta fuerza que yo apenas podía respirar. Intenté decirle que no apretara tanto, pero gritaba demasiado para oírme.

Seguimos deslizándonos hacia abajo.

La oscuridad aumentaba.

Saltamos otro bache que nos hizo rebotar en el aire. Luego el tobogán se hundió y giró violentamente a la izquierda.

Me pareció que ya debíamos de estar al final.

Llevábamos mucho rato deslizándonos.

Apreté los dientes con fuerza y procuré afianzarme para salir volando por la puerta y caer al suelo.

Pero no se abrió ninguna puerta.

El viaje no terminó.

Seguimos deslizándonos cada vez más deprisa. Yo tragaba bocanadas de aire caliente y húmedo y me costaba recuperar el aliento.

El tobogán se hundió y se curvó, atravesando la más absoluta oscuridad.

«Vamos a deslizamos para siempre jamás. El aviso no mentía.»

Me esforcé por apartar de mi mente esos terribles pensamientos.

De pronto me di cuenta de que Luke estaba muy callado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No lo sé —respondió agarrándose con más fuerza—. ¿Por qué dura tanto?

—¡Me haces daño! —le grité.

Luke aflojó un poco las manos.

—¡No me gusta! —me gritó al oído.

Saltamos otro bache. Las manos de Luke se soltaron.

Otro bache. Aún más fuerte. Creí que iba a salir disparada y caer al fondo... si es que existía un fondo.

Pero seguimos bajando.

Luke y yo gritamos con asco cuando algo pegajoso nos cubrió la cara. Intenté apartarlo con las manos.

—¡Puaj! —exclamó Luke—. ¿Qué es esto? ¡Tengo la cara...!

—Son como telarañas —le grité yo—. Telarañas calientes y pegajosas.

Me picaba. Aquellos hilos viscosos me cubrían la cara como una red. Tiré de ellos con frenesí.

—¡Ah! —exclamé cuando el tobogán volvió a caer casi en picado.

Conseguí apartarme de la cara la mayoría de pegajosas telarañas. Pero todavía me picaba mucho. Tenía una sensación como si me subieran mil hormigas.

—¡Qué asco! —gritó Luke detrás de mí—. ¡Me duele la cara!

Seguimos descendiendo en la oscuridad.

Entonces un fuerte resplandor me hizo cerrar los ojos.

¿Era luz natural? ¿Nos dirigíamos hacia el exterior?

No.

Abrí los ojos y aquella luz amarilla me obligó a entrecerrarlos.

Entonces comprendí que lo que estaba viendo eran llamas.

¡El tobogán estaba ardiendo por delante de nosotros!

Las llamas amarillas y naranjas se alzaban con furia, coronadas por una cortina de humo negro.

Me llevé las manos a la cara y me eché a gritar.

Nos deslizábamos directos hacia las abrasadoras llamas.

—¡Vamos a quemarnos! —gritó Luke—. ¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude!



Cerré los ojos y sentí una potente ráfaga de calor, casi como una explosión.

«¡Me estoy quemando!», pensé.

De repente, un chorro de aire frío me hizo abrir los ojos.

Ahora el fuego estaba detrás de nosotros. Lo habíamos atravesado.

Nos deslizamos por la fría oscuridad describiendo una suave curva. Aún podía ver el resplandor naranja de las llamas reflejado en las oscuras paredes.

Luke y yo permanecíamos callados. Yo esperaba que el corazón dejara de latirme con tanta fuerza.

—¡Unos efectos especiales magníficos! —gritó Luke.

Soltó una fuerte carcajada, una risotada frenética como jamás le había oído.

El fuego era falso. Se trataba de algún tipo de proyección o algo parecido.

Aspiré bocanadas de aire frío. Jamás en la vida había sentido tanto miedo.

—¿Cuándo termina este viaje? —me preguntó Luke con voz aguda y asustada.

«Nunca —pensé con tristeza—. Realmente vamos a estar deslizándonos eternamente.»

Mientras esa horrible idea persistía en mi mente, frente a nosotros se abrió una puerta. La luz natural entró a raudales.

¡Plaf!

Aterricé sobre la suave hierba.

Unos segundos más tarde cayó Luke detrás de mí.

Parpadeé varias veces, esperando a que mis ojos se acostumbraran a la brillante luz del sol.

Luego, despacio, me puse de pie; el corazón aún me latía con fuerza.

Directamente delante de nosotros había un cartel amarillo y verde. Decía: BIENVENIDO A LA MUERTE. POBLACIÓN: 0 HUMANOS.

Allí, de pie junto al cartel, estaba Clay. Se precipitó a nuestro encuentro, con una sonrisa de felicidad en el rostro, redondo y sonrosado.

—¡Eh, chicos, eh! —gritó—. ¿Dónde estabais?

Chocó los cinco con Luke con la mano en alto. Luego Luke le dio un puñetazo amistoso en el estómago.

—¿Dónde estábamos? —pregunté—. ¿Dónde estabas tú?

—Aquí —respondió Clay—. No me orientaba. Me parece que esto es el otro lado del parque o algo así. Os estaba esperando.

—Hemos vuelto a subir al Tobogán Maldito —explicó Luke—. Hemos tomado tu tobogán, el número diez. ¡Qué viaje! ¡Ha sido fantástico!

Unos segundos antes Luke chillaba de auténtico terror, pero ahora se las daba de haberlo disfrutado, diciéndole a Clay lo fantástico que había sido.

—¡Has elegido el mejor tobogán! —dijo Luke a Clay—. ¡Caray, qué pasada!

—Yo me he asustado un poco —nos confesó Clay—. Quiero decir, el fuego...

—¡Qué efectos especiales tan buenos! —exclamó mi hermano—. ¡Este parque es impresionante!

Luke era un farsante. De ningún modo admitiría nunca que había estado preocupado por Clay. Y tampoco reconocería que aquel largo viaje le había aterrorizado.

Pero me alegré de ver que había recuperado su entusiasmo de siempre. No me gustaba ver a mi hermano asustado y despavorido.

—Ha sido un viaje muy largo —dijo Clay con el ceño fruncido. El pelo rubio y fino relucía bajo el brillante sol—. Un poco

demasiado largo para mí.

—¡Me gustaría volver a subir! —alardeó Luke.

Yo me volví y miré alrededor. Sin duda nos hallábamos en otro sector de Horrorlandia. No reconocía nada.

Al otro lado del amplio paseo vi a varios niños en traje de baño que caminaban por un sendero arenoso. Un cartel decía: RÁPIDOS DEL HORROR.

A nuestra derecha, un edificio cuadrado construido en cristal reflejaba la fuerte luz del sol. Las paredes de cristal relucían como si ardieran. Entrecerré los ojos para protegérmelos y apenas pude leer el cartel que había delante: CASA DE LOS ESPEJOS.

—¡Entremos en la Casa de los Espejos! —sugirió Luke tirando del brazo de Clay.

—¡Eh! ¡Espera un momento! —exclamé—. ¿No crees que deberíamos tratar de encontrar a mamá y papá?

—Están al otro lado del parque —replicó, tirando de Clay—. Vamos a divertirnos un rato y luego les buscamos.

—Probablemente nos están buscando —dije, preocupada.

—No hay mucha gente en este parque. Nos encontrarán —afirmó Luke—. Vamos, Lizzy... parece divertido.

Vacilé, pensando en mamá y papá. Me quedé mirando el blanco resplandor del edificio de cristal.

De pronto noté que alguien me daba un golpecito en el hombro.

Sobresaltada, lancé un grito y me giré en redondo.

Era un Horror vestido de verde. Sus ojos saltones me miraron fijamente mientras se inclinaba hacia mí.

—¡Marchaos mientras podáis! —susurró.

Hizo girar los ojos con rapidez a uno y otro lado, como si se asegurara de que nadie nos miraba.

—¡Por favor... hablo en serio! ¡Marchaos mientras podáis!



Me quedé tan atónita que no dije nada. Le vi alejarse corriendo, moviéndose con torpeza dentro del voluminoso disfraz de Horror y arrastrando la larga cola.

—¿Qué quería? —preguntó Clay a gritos. Él y Luke casi se hallaban en la entrada de la Casa de los Espejos.

—Me ha dicho… que nos vayamos ahora que aún podemos —balbuceé corriendo hacia ellos. La deslumbrante luz que se reflejaba en el edificio de cristal me cegó y por un momento los perdí de vista.

Luke se rió.

—¡Estos Horrores son fantásticos! —exclamó—. ¡Desde luego que procuran asustarte!

Clay entornó los ojos y se quedó pensativo.

—Bromeaba, ¿verdad? —preguntó en voz baja—. Quiero decir, era una broma, ¿no?

—No lo sé —le dije—. Supongo que sí.

Observé al Horror desaparecer rápidamente detrás de un alto edificio azul en forma de pirámide.

—Es su trabajo —insistió Luke—. Va de un lado a otro asustando a la gente todo el día.

—Quizá quería avisarnos de verdad —murmuró Clay, mirándome fijamente.

—¡De ningún modo! —declaró Luke. Golpeó a Clay en la espalda —. Deja de poner esa cara tan lúgubre. ¡Este lugar es magnífico! A ti te gusta que te asusten, ¿no?

La expresión preocupada de Clay no desapareció.

—Supongo que sí —respondió sin mucha convicción.

Empecé a decirle a Clay que estaba segura de que no se trataba más que de una broma, pero Luke me interrumpió.

—¡Daos prisa! Vamos a ver la Casa de los Espejos. Divirtámonos un poco antes de que mamá y papá aparezcan y nos tengamos que ir.

Arrastró a Clay hacia la entrada y yo les seguí. Cuando nos dirigíamos hacia el reluciente edificio de cristal pasamos por delante de otro cartel de PROHIBIDO PELLIZCAR.

Frente a la entrada, me detuve para leer el cartel amarillo y verde que había. Decía: CASA DE LOS ESPEJOS. REFLEXIONA ANTES DE ENTRAR. ¡ES POSIBLE QUE NADIE VUELVA A VERTE JAMÁS!

—¡Eh... esperad! —exclamé. Pero los chicos ya habían entrado.

Yo también lo hice y me encontré en un estrecho y oscuro túnel. Estaba deslumbrada por la fuerte luz del exterior y no veía nada.

—¡Luke, Clay... esperad! —grité.

Mi voz resonó en el bajo túnel. Oía reír a los chicos por delante de mí.

Avancé a ciegas, agachando la cabeza porque el techo era muy bajo. Por fin mis ojos se acostumbraron a la oscuridad.

El túnel terminó y me encontré en un estrecho corredor con espejos en las paredes y el techo.

—¡Oh! —exclamé en voz baja. Veía mi imagen reflejada... por docenas. ¡Parecía que yo misma me rodeaba!

Me detuve un momento y me arreglé la trenza, larga y negra. Siempre se me aflojaba. Entonces volví a llamar a los chicos.

—¿Dónde estáis? ¡Esperadme!

Seguía oyendo sus risas por delante de mí.

—¡Intenta encontrarnos! —gritó Luke. Más risas.

Avancé deprisa por el pasillo lleno de espejos. Las paredes se curvaban a la derecha y luego a la izquierda. Mi imagen reflejada me seguía por docenas, cada vez más pequeña, y se extendía hasta el infinito.

—¡Eh... no os alejéis tanto de mí! —grite.

Les oí reír otra vez. Luego oí un rumor de pasos que parecía

proceder del otro lado de la pared de espejos.

Seguí el corredor, despacio, caminando con cautela, hasta que vi una estrecha abertura al frente.

—¡Esperadme! ¡Ya voy! —grité.

Crucé la abertura y... ¡CATAPLAM!, me golpeé la cabeza en un cristal.

—¡Ay! —exclamé, y el dolor me fue bajando de la frente por el cuello y por toda la columna vertebral.

Levanté las manos, toqué el cristal y esperé a que me desapareciera la sensación de mareo.

—¡Lizzy! ¿Dónde estás? ¡Intenta encontrarnos! —oí que Luke gritaba.

—¡Me he dado un golpe en la cabeza! —grité a mi vez, frotándome la frente.

Oí que se reían los dos. Ahora sus voces parecían estar detrás de mí. Me volví, pero a mi espalda sólo había espejos. Ninguna abertura.

Todavía me dolía un poco la cabeza, pero el mareo había desaparecido. Eché a andar de nuevo, ahora con más cuidado. Iba con las manos extendidas al frente para no volver a golpearme.

Di la vuelta a una esquina y entré en otra habitación. Para mi sorpresa, el suelo de esta habitación era de espejo también. Las paredes, el techo, el suelo... todo era de espejo. Me sentía como si me encontrara dentro de una caja forrada de espejos.

Di unos pasos cautelosos. Caminar sobre el reflejo de mi persona me producía una sensación muy extraña.

Mientras caminaba veía la parte superior e inferior de mis zapatos. Resultaba verdaderamente difícil caminar. ¡Tenía la impresión de que iba a tropezar conmigo misma!

—¡Eh, chicos! ¿Dónde estáis? —grité.

No recibí respuesta.

Sentí una aguda punzada de miedo en el estómago.

—¿Luke? ¿Clay? ¿Estáis ahí?

Vi mi boca reflejada que se movía cuando hablé, docenas de bocas. Pero sólo se oía una voz, la mía, débil y estridente.

—¡Luke! ¡Clay!

Silencio.

—¡No me gastéis bromas! —grité—. ¿Dónde estáis?

Silencio por respuesta.

Miré las docenas de reflejos que me rodeaban. Todos mostraban una expresión asustada.

—¿Luke? ¿Clay?

¿Adonde habían ido?

10

Miré fijamente mi imagen reflejada mientras horribles pensamientos se apoderaban de mi mente.

¿Habían desaparecido realmente los muchachos?

¿Habían caído en alguna trampa? ¿Se habían perdido en el laberinto de cristal y espejos?

Pensé que Horrorlandia daba demasiado miedo. Asustarse era divertido. Pero resultaba difícil saber si el miedo que se pasaba allí era divertido... o real. ¿Aquel lugar era peligroso? ¿O todo era una gran broma para asustar?

—¿Luke? ¿Clay? —les llamé con voz temblorosa, volviéndome en busca de una salida.

Silencio.

Entonces oí una risa ahogada.

Luego oí un susurro de voces. Cerca.

Otra risa ahogada, esta vez más fuerte. La risa de Luke.

Me habían gastado una broma.

—¡Eh, no es gracioso! —grité enojada—. ¡En serio! ¡No es divertido!

Les oí a los dos prorrumpir en carcajadas.

—¡A ver si nos encuentras, Lizzy! —gritó Luke.

—¿Por qué tardas tanto? —añadió Clay.

Más risas. Parecían venir de arriba.

Deslicé las manos sobre los espejos y seguí el pasillo hacia la derecha. Tuve que agachar la cabeza para meterme por una estrecha abertura que había entre los espejos. Me encontré en otra

pequeña habitación rodeada de espejos por arriba, por abajo y por los lados. Los espejos estaban torcidos formando ángulos extraños de tal modo que cuando me movía mi reflejo parecía rebotar de uno a otro.

—¿Dónde estáis? ¿Me estoy acercando? —grité.

La luz se fue oscureciendo a medida que avanzaba por esta habitación. Mis reflejos se oscurecieron. Las sombras se hicieron más alargadas.

—¡No te vemos! —exclamó Clay.

—¡Date prisa! —gritó Luke con impaciencia.

—¡Voy lo más deprisa que puedo! —repliqué yo—. Pero no os mováis, ¿eh? Quedaos donde estáis.

—¡De acuerdo! —gritó a su vez Luke.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —oí que Clay le preguntaba en voz baja.

—¡Ay! —exclamé cuando me di otro golpe en la cabeza con un cristal transparente.

Aporreé con rabia el cristal. Aquello no era divertido. Dolía demasiado.

—¡Deprisa! —gritó Luke desde algún lugar cercano—. ¡Es aburrido estar aquí esperándote!

—Ya voy —mascullé, frotándome la frente dolorida.

Di la vuelta a una esquina y entré en una habitación más grande. Aquí ni había espejos. Las paredes eran de cristal. Me detuve para mirar alrededor... y allí estaba Luke.

—¡Por fin! —exclamó—. ¿Cómo es que no nos encontrabas?

—No he parado de darme golpes en la cabeza —respondí—. Salgamos de aquí. ¿Dónde está Clay?

—¿Eh?

Luke abrió la boca con sorpresa. Se giró en redondo para buscar a su amigo.

—Estaba aquí ahora mismo —dijo.

—Luke, no estoy de humor para más bromitas —dije con aspereza—Clay, ¿dónde te escondes?

—No me escondo. Estoy aquí —respondió Clay.

Me acerqué unos pasos a mi hermano y Clay apareció a mi vista. Estaba de pie en la oscuridad, detrás de una pared de cristal, con las

manos apretadas contra ésta.

—¿Cómo has ido a parar ahí? —preguntó Luke a Clay.

Clay se encogió de hombros.

—No encuentro la salida.

Me acerqué más a mi hermano y me paré. De pronto me di cuenta de que él se encontraba tras una pared de cristal. Luke y yo estábamos en diferentes habitaciones.

—Eh…, ¿por dónde se pasa? —le pregunté.

Luke miró alrededor.

—¿Qué quieres decir, Lízzy?

—Tú y yo no estamos en la misma habitación —respondí.

Fui hasta el cristal y di unos golpecitos con el puño.

—¿Eh?

La cara de Luke reflejó su sorpresa. Él se aproximó. Luego también dio unos golpecitos al cristal, como para asegurarse de que existía realmente.

—¿Cómo ha llegado esto aquí? —murmuró.

Clay empezó a recorrer su habitación deslizando las manos por las paredes de cristal en busca de la abertura.

—Quédate aquí —dije a Luke—. Encontraré la manera de entrar en tu habitación.

Seguí el ejemplo de Clay. Di la vuelta a la habitación lentamente, con una mano pegada al cristal. La luz era escasa. Mi sombra se proyectaba sobre el cristal y también veía mi cara reflejada en él. Mis ojos me miraban fijamente, sombríos y desesperados.

Antes de darme cuenta, había efectuado un círculo completo.

Volvía a estar en el punto de partida. No había ninguna abertura. Ninguna puerta.

Ninguna salida.

—¡Eh! ¡Estoy atrapado aquí! —gritó Clay con estridencia.

—¡Yo también! —le dije.

—Pero tiene que haber alguna abertura —dijo Luke—. ¿Cómo hemos entrado?

—Tienes razón —respondí con ansiedad—. Tendríamos que poder salir del mismo modo en que hemos entrado.

Empecé a buscar de nuevo a lo largo de las paredes,

moviéndome con rapidez.

El corazón me latía con fuerza. Sentía una opresión en el estómago. Tenía que haber una salida. Tenía que haberla.

Luke dio unos fuertes golpes en el cristal. Vi a Clay en la otra habitación, corriendo frenético alrededor mientras se apoyaba en las paredes.

Di dos vueltas completas y me detuve.

No había salida.

—Estoy... estoy atrapada —balbuceé—. Esto es como una caja. Una caja de cristal.

—¡Todos estamos atrapados! —exclamó Clay.

Luke seguía golpeando el cristal con los puños, frenético.

—Luke... ¡Para! ¡Eso no sirve de nada! —grité.

Bajó los puños.

—Esto es ridículo —masculló—. Tiene que haber una salida.

—Quizás hay una trampilla o algo así —sugerí.

Empecé a registrar con la mirada el suelo de espejo. Había muy poca luz para ver bien. El suelo me pareció sólido.

Regresé junto a la pared de cristal.

—Esto no es divertido —dije con tristeza.

Luke y Clay asintieron. Vi que los dos estaban realmente asustados. Yo también lo estaba. Pero pensé que, como era dos años mayor que ellos, tenía que procurar hacerme la valiente.

Pero no me sentía muy valiente. Exhalé un suspiro de preocupación y me apoyé contra la pared que nos separaba a Luke y a mí.

Cuando me apoyé, la pared empezó a moverse.

Di un salto atrás y solté un grito.

La pared se deslizaba hacia mí, encerrándome.

Di otro paso atrás.

Miré alrededor con nerviosismo y vi que todas las paredes se deslizaban hacia mí.

—¡Luke! —grité. Me volví y comprobé que él también retrocedía.

—¡Las paredes! —aulló Clay—. ¡Ayudadme!

—¡A mí también me están rodeando! —vociferó Luke—. ¡Cada habitación debe de tener sus propias paredes de cristal!

Los tres estábamos atrapados.

Con un rugido desesperado, me arrojé contra una de las paredes y traté de empujarla. Pero no pude detenerla.

La caja se estaba cerrando, cada vez se hacía más y más pequeña.

—¡Nos van a aplastar! —grité.

11

—¡Haced algo! ¡Por favor... haced algo! —se desgañitaba Clay.

Luke apoyó el hombro contra el cristal e hizo esfuerzos para impedir que se moviera. Pero no tenía suficiente fuerza. Las paredes siguieron deslizándose hacia él.

Yo retrocedí, con las manos levantadas a modo de escudo protector.

Cada vez estaban más cerca. Las paredes de cristal avanzaban despacio, en silencio.

Fui retrocediendo hasta que choqué de espaldas con la pared de detrás.

No había adonde ir.

—¡Haced algo! ¡Que alguien haga algo!

Los gritos aterrorizados de Clay se clavaban en mis oídos.

—¡El cristal... me está estrujando! —chilló Luke—. ¡Lizzy...!

—¡No puedo moverme! —grité yo a mi vez.

Las paredes de cristal empezaron a oprimirme desde los cuatro costados. Y también por arriba y abajo.

De pronto me imaginé uno de aquellos coches aplastados, los que esas grandes máquinas convierten en un cuadrado perfecto.

Mi cuerpo entero se estremeció cuando comprendí que yo también me convertiría en un cuadrado perfecto.

—¡Ay! —exclamé cuando el cristal me apretó—. ¡Socorro!

Grité, pero mi voz sonó ahogada.

Empezaba a costarme respirar.

Las paredes de cristal me oprimían cada vez más.

Jadeé para coger aire.
Intenté empujar con todas mis fuerzas contra el cristal.
Pero no sirvió de nada.
Me estaban aplastando y convirtiendo en un cuadrado humano.

12

Ya no oía a Luke ni a Clay, sólo mis jadeos y mi respiración ahogada.

Cerré los ojos y noté que el suelo se abría. Pero antes de comprender lo que ocurría vi que caía, muy deprisa.

Abrí los ojos a tiempo de ver las paredes de cristal cada vez más arriba a medida que yo descendía y cruzaba una abertura.

En unos segundos estuve en el exterior. Aterricé sentada en la hierba con un suave golpe.

Luke y Clay aparecieron a mi lado.

Durante un largo rato permanecimos sentados en la hierba, parpadeando a la brillante luz del sol, mirándonos uno a otro con incredulidad.

—Estamos bien —dijo Clay inseguro, rompiendo por fin el silencio. Se puso de pie despacio. Tenía la cara enrojecida y las gafas torcidas y a punto de caerle de la nariz—. ¡Estamos bien!

Luke soltó una carcajada. Una carcajada de alegría. Se levantó y se puso a saltar de júbilo.

Yo no tenía exactamente ganas de saltar. Todavía veía en mi mente el coche aplastado.

Luke me tendió una mano para cogerme las mías y me ayudó a levantarme.

—¿Que hacemos ahora? —preguntó, sonriendo.

—¿Ahora? —exclamé—. ¿Hablas en serio?

—Eso sí que daba miedo —confesó Clay—. Creía que íbamos a morir aplastados.

—¡Ha sido impresionante! —declaró Luke.

Una vez más, ya había olvidado que unos segundos antes había estado gritando de auténtico pánico.

—Daba demasiado miedo —murmuró Clay, meneando la cabeza.

—Clay tiene razón —coincidí—. Yo tenía demasiado miedo para pasármelo bien. Un segundo más y…

—¿No lo entiendes? ¡De eso se trata! —exclamó Luke—. Aquí te asustan así. ¡Es imponente! Te hacen creer que un segundo más y no lo cuentas. Pero todo está perfectamente cronometrado. Quieren que sientas terror y luego… ¡zas!, estás bien.

—Supongo que tienes razón —dijo Clay no muy convencido. Se ajustó las gafas y se frotó la barbilla.

—No vamos a sufrir ningún daño ni nada —prosiguió Luke—. Es un parque de atracciones, ¿lo recordáis? Quieren que la gente vuelva. O sea que no van a hacer daño a nadie.

—Tal vez —dijo Clay.

—Pero, Luke, ¿y si ocurre algo? —le pregunté—. ¿Y si las máquinas se averían? ¿Y si la cronometración falla? Por ejemplo, si el suelo se queda atascado, ¿qué?

Luke no respondió. Me miró fijamente, pensativo.

—¿Qué nos habría sucedido si el suelo no se hubiera abierto en el momento preciso? —inquirí.

Luke se encogió de hombros.

—Se aseguran de que todo funcione bien —respondió por fin.

Puse los ojos en blanco.

—Sí. Claro.

—¿Es posible morirse realmente de miedo? —me preguntó Clay con expresión solemne—. Quiero decir, sé que en los libros y las películas sucede. Pero, ¿y en la vida real?

—No lo sé. Tal vez —respondí.

—Apuesto a que hay gente que podría morirse de miedo en esa Casa de los Espejos —prosiguió Clay, serio.

—¡De ningún modo! —insistió Luke—. Escuchad. Esto es un lugar de diversión. Es para divertirse pasando miedo.

Luke miraba algo por encima de mi hombro. Me di la vuelta y vi a uno de los tipos disfrazados de Horror que pasaba con un enorme

ramillete de globos negros.

Luke se acercó enseguida al Horror.

—Eh, ¿alguna vez se ha muerto alguien en este parque? —le preguntó Luke.

El Horror siguió andando. Los globos negros oscilaban sobre su cabeza.

—Sólo una vez —respondió.

—¿Una persona murió aquí? —preguntó Luke.

El Horror hizo un gesto de negación con su cabeza verde.

—No. Eso no es lo que quería decir.

—¿Qué querías decir? —siguió preguntando Luke.

—Aquí una persona sólo puede morir una vez —contestó el Horror—. Nunca nadie ha muerto dos veces.

13

—¿Quiere decir que aquí realmente ha muerto gente? —pregunté alarmada.

Pero el Horror apretó el paso. Los negros globos chocaban unos con otros y formaban una mancha oscura sobre el cielo azul brillante.

La respuesta del Horror me hizo estremecer. No fueron sólo sus palabras, sino la frialdad de su tono de voz, el hecho de que parecía avisarnos.

—Lo ha dicho en broma, ¿verdad? —preguntó Clay con voz temblorosa. Se rascó el pelo nerviosamente.

—Sí, supongo —respondí.

Una familia pasó por nuestro lado en dirección a la Casa de los Espejos. Iban con dos niños pequeños, de unos cinco o seis años, y los dos lloraban.

—¡He visto a tantos niños llorando en este parque! —comenté.

—Son unos miedicas —replicó Luke—. Vamos a ver si encontramos otra atracción.

—Creo de veras que deberíamos buscar a mamá y papá —dije.

—Sí. Vamos a buscarles —dijo Clay ansioso.

Pobre, creo que estaba verdaderamente asustado. Pero trataba con todas sus fuerzas de que mi hermano no se diera cuenta de ello.

—¡Oh!, ¿a qué viene tanta prisa? —protestó Luke—. Que nos encuentren ellos.

—Es probable que estén muy preocupados —insistí.

Eché a andar hacia la entrada principal.

—Papá querrá que nos marchemos —gruñó Luke. Pero me siguió. Y Clay, agradecido, se puso a mi lado.

Siguiendo el sendero pasamos por delante de una montaña rusa de madera, vieja y desvencijada. Se elevaba como un edificio de cuatro pisos y proyectaba una oscura y amplia sombra sobre el camino. Un cartel decía: NO FUNCIONA. ¿TE ATREVES A MONTAR DE TODOS MODOS?

La entrada estaba abierta. No había ningún empleado.

—Eh, Lizzy, ¿quieres montar? —me preguntó Luke, contemplando los destartalados coches parados.

—¡De ningún modo! —respondimos Clay y yo al unísono. Seguimos andando.

El sendero se curvaba bajo gruesos árboles y de pronto nos encontramos en la sombra. Un cartel decía: CUIDADO CON LAS SERPIENTES DE LOS ÁRBOLES.

Clay se tapó la cabeza con las manos. Los tres levantamos la mirada hacia los árboles.

¿De verdad había serpientes allí arriba?

Estaba demasiado oscuro para ver nada. Las hojas eran tan abundantes que no se filtraba ni un rayo de sol.

De pronto oí un siseo.

Al principio creí que era el susurro de las hojas. Pero luego el siseo se hizo más fuerte... hasta que pareció que todos los árboles siseaban a nuestro paso.

—¡Corred! —ordené.

Los tres echamos a correr, agachándonos; nuestros zapatos golpeaban con fuerza el pavimento. El siseo en los árboles se hizo más fuerte, más furioso.

Creí ver una larga serpiente oscura arrastrándose en la hierba junto al camino. Pero tal vez sólo fuera una sombra.

Seguimos corriendo incluso cuando ya no había árboles y volvíamos a estar a pleno sol. El sendero describía una curva por delante de una hilera de estatuas horribles. Estaban hechas de piedra. Eran estatuas de monstruos sonrientes, con los ojos entrecerrados amenazadoramente y colmillos que sobresalían de su boca retorcida. Tenían los brazos extendidos, listos para agarrar a todo el que se acercara.

Reduje un poco el paso, con la mirada atenta a las feas estatuas. De pronto oí una risa malvada.

—¡Viene... viene de las estatuas! —anunció Clay—. ¡Seguid corriendo!

¿Las estatuas se movieron hacia nosotros? ¿Levantaron más sus brazos? ¿Nos hicieron señas de que nos aproximáramos?

No estoy segura. Con su risa malvada en mis oídos, bajé la cabeza y eché a correr de nuevo.

Los tres respirábamos con dificultad mientras corríamos por el sendero. No vi a nadie más. Tampoco vi a ningún otro Horror.

Redujimos el paso cuando nos acercamos a otro cartel. Éste tenía una flecha pintada que señalaba la dirección en la que corríamos. Decía: SALIDA DELANTERA. NO OS PREOCUPÉIS. NUNCA ESCAPARÉIS.

Capté la expresión preocupada de Clay cuando leyó el cartel.

—No es más que una broma —le dije—. Los carteles están para hacer gracia.

—Ja, ja —dijo débilmente. Jadeaba con fuerza, le costaba recuperar el aliento.

Sin avisar, Luke saltó sobre los hombros de Clay.

—Eh, Clay... ¿y si damos un paseo?

Clay exclamó enojado:

—¡Baja!

Luke rió y no se movió. Clay se puso de rodillas para hacer bajar a Luke.

—Vamos, muchachos —supliqué—. Luke, deja de hacer el tonto. Estamos tratando de encontrar a mamá y papá.

Pero ahora los dos reían y luchaban en el suelo.

—¡Vamos, chicos! —grité, con los ojos en blanco—. ¡Vamos!

Cogí a mi hermano y le hice ponerse en pie.

Las gafas de Clay habían volado. Se detuvo a recogerlas de la hierba y luego seguimos nuestro camino.

El sendero pasaba por delante de un jardín rectangular... ¡lleno de flores negras! Más adelante terminaba frente a un gran cobertizo rojo.

La puerta estaba abierta y los chicos se acercaron a ella. Yo me quedé atrás, buscando un camino que diera la vuelta al cobertizo.

No vi ninguno.

—El camino cruza el cobertizo —me gritó Luke—. ¡Vamos, Lizzy!

Me hizo una seña para que me reuniera con ellos.

Vi un pequeño cartel pintado a la derecha de las puertas dobles del cobertizo. Decía: COBERTIZO DE LOS MURCIÉLAGOS.

—Eh, ¿hay murciélagos ahí dentro? —pregunté, sintiendo que un escalofrío me recorría la espalda. Me gustan casi todos tos animales. Pero los murciélagos realmente me producen grima.

Luke entró en el cobertizo. Clay se quedó atrás, justo fuera de la puerta.

—No veo ninguno —me informó Luke—. Está muy oscuro.

Un extraño olor invadió mi nariz. Era fuerte y acre. Venía del cobertizo.

Yo no quería entrar allí.

—¡Vamos, Lizzy! —dijo Luke—, El camino sale al otro lado. No seas cobarde. Puedes pasar corriendo.

Me acerqué al umbral de la puerta, junto a Clay, y atisbé en el interior.

—Parece que no hay nada —dijo Clay con calma.

El olor acre era mucho más fuerte.

—¡Puaj! —esclamé haciendo una mueca—. ¡Qué peste!

Luke estaba dentro del cobertizo, mirando las vigas del techo.

—No veo nada ahí arriba —informó.

Las puertas de la pared opuesta estaban abiertas de par en par. Sólo tardaría diez segundos en atravesar corriendo el cobertizo y salir al otro lado.

—Vamos —dije a Clay.

Entramos. El olor acre era agobiante. Contuve el aliento y me tapé la nariz.

Echamos a correr hacia las puertas de la pared de enfrente... y éstas se cerraron de golpe.

Ahogando un grito, me di la vuelta para volver a las puertas por las que habíamos entrado. También se cerraron.

—¡Eh! —grité enojada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clay en un susurro.

Nos hallábamos completamente a oscuras.

El olor acre me inundó. Empecé a sentirme mareada.

Entonces oí un revuelo de alas. Al principio suave, luego más fuerte, más cerca.

Solté un grito cuando noté que algo me rozaba la mejilla.

14

—¡Fuera! —exclamé con horror, y me llevé las manos a la cabeza tan deprísa como pude.

El revoloteo cesó, y luego volvió.

—¡Murciélagos! —exclamó Clay con voz débil y aterrorizada. Noté que me cogía del brazo.

—¡No veo nada! —gritó Luke—. ¡Está muy oscuro!

—¡Yo... detesto los murciélagos! —balbuceé.

Sentí que algo me pasaba volando sobre la cabeza.

Agité los brazos de un modo salvaje.

Aquel ruido de alas nos rodeaba.

A medida que mis ojos se iban adaptando a la oscuridad empecé a ver sombras que pasaban volando. De un lado a otro. Cada vez más deprisa.

Noté que algo me rozaba el hombro.

—¡Oh, socorro! —grité.

Clay se puso a chillar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Vienen directos a mí! —gimió Luke.

Algo chocó contra mi espalda. Lancé un aullido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —seguía rogando Clay a pleno pulmón. Sus gritos casi quedaban ahogados por el intenso aleteo.

Sentí que otro murciélago me rozaba el hombro. Me tapé la cara e intenté acercarme a ciegas a la puerta.

El olor acre me asfixiaba. El terror hacía que flaquearan mis piernas. Apenas podía andar.

Entonces sentí que me tiraban con fuerza del pelo.
Otro tirón. Un fuerte aleteo zumbaba justo sobre mi cabeza.
Un agudo siseo. Se oía tan cerca que podía ser mío.
Grité. Volví a gritar.
—¡Me ha… me ha cogido el pelo! —balbuceé cayendo de rodillas.
Otro agudo siseo. Otro tirón del pelo.
—¡Socorro! —grité.
Los aleteos y los siseos me rodeaban. Oía a Luke y a Clay que chillaban. Pero parecían estar lejos, muy lejos.
Otro me rozó la mejilla. Otro más chocó contra mí.
Las sombras iban de un lado a otro. El cobertizo estaba lleno de murciélagos que volaban y siseaban.
—¡Socorro! ¡Ayúdennos, por favor!
Otro murciélago me rozó la cara.
Sentí una ráfaga de aire, oí un nuevo aleteo sobre mi cabeza.
—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude!
Pero no había nadie que pudiera ayudarnos.

15

Me tapé los ojos con una mano y agité la otra como una loca, tratando de ahuyentar a los murciélagos.

Sollozaba y me ahogaba; apenas podía respirar.

Oí que Luke me llamaba, lejos, muy lejos. Parecía estar detrás de una cortina de murciélagos siseantes que no paraban de aletear.

Entonces, de pronto, la luz del sol invadió el lugar.

De rodillas, me destapé los ojos y vi que la puerta del cobertizo se había abierto.

Luke, de pie junto a la puerta, boquiabierto, se volvió hacia nosotros y dijo:

—He... he tocado la puerta y se ha abierto —explicó.

Las gafas de Clay le colgaban de una oreja. Tenía el pelo rubio completamente revuelto. Echó un vistazo alrededor.

—¿Dónde están los murciélagos? —preguntó.

Levanté la mirada hacia las vigas del techo.

—¡Eh! —exclamé.

No había ningún murciélago. Ni rastro de murciélagos en ninguna parte.

Me puse de pie y me eché el pelo hacia atrás con ambas manos.

—¡Salgamos de aquí! —exclamé.

Clay y yo salimos del cobertizo detrás de Luke. ¡Qué gusto daba notar el cálido sol!

A mí todavía me picaba todo por culpa de los murciélagos. Me froté los hombros y la nuca.

—¡Odio los murciélagos! ¡De veras! —exclamé con un escalofrío.

—Pero si no había ningún murciélago —dijo Luke, sonriendo—. Todo era falso.

—¿Ah, sí? No me lo creo —replicó Clay enfadado—. Eran murciélagos. ¡Los oía muy bien... y los he notado!

—Todo eran efectos especiales —afirmó Luke.

—¡Cuando uno me ha tirado del pelo no ha sido ningún efecto especial! —grité. Sólo recordarlo me producía escalofríos.

—Efectos especiales —repitió Luke—. Realmente excelentes. Yo casi he tenido miedo también.

—¿Casi? —exclamé. Me acerqué a él, le agarré e hice ver que le retorcía el cuello—. ¿Casi? ¡Te he oído gritar hasta desgañitarte, Luke!

Él se soltó, riendo.

—Sabía que no eran de verdad. ¡Sólo gritaba de aquel modo para asustarte!

¡Qué mentiroso! No creia en absoluto a mi hermano. Estaba asustado. Muy asustado. ¡Yo sabía que era así!

—Eran murciélagos, no efectos especiales —insistí enojada.

—Entonces, ¿adonde han ido cuando se ha abierto la puerta? —preguntó Luke—. En cuanto la puerta se ha abierto, los murciélagos han desaparecido.

—No hablemos más de ellos —suplicó Clay—. Busquemos a vuestros padres, ¿vale?

—Sí, vale —convine, mirando con furia a Luke—. Estás realmente loco, ¿lo sabías? —le dije.

Él me sacó la lengua.

Yo tenía ganas de darle un buen puñetazo. Pero trataba de ser una persona no violenta. Así que sólo le di un leve golpe en el hombro.

Él protestó.

—Eres estúpida, Lizzy. Verdaderamente estúpida —dijo entre dientes—. Y tienes miedo de falsos murciélagos.

Yo no le hice caso y me dirigí hacia la entrada delantera. En el camino aparecieron dos personas disfrazadas de Horror, que iban en la otra dirección, charlando con entusiasmo.

—¿Vamos bien para ir a la entrada delantera? —les pregunté.

Ellos no me hicieron ni caso y pasaron de largo por nuestro lado.

—¡Eh! —les grité.

Pero ellos siguieron su camino sin que al parecer me hubieran visto u oído.

El sol caía a raudales. El ambiente era muy cálido y no soplaba nada de aire.

Me sequé el sudor de la frente con una mano. Aún percibía el olor acre del cobertizo. Aquel olor había impregnado mis manos y mi ropa.

Vi a cuatro adolescentes en traje de baño, dos chicos y dos chicas, que se dirigían presurosos hacia una gran laguna. Vimos un cartel cerca de la orilla. Decía: LAGUNA DE LOS COCODRILOS. PODÉIS BAÑAROS.

Luke se echó a reír.

—¿Están locos?

Nos detuvimos para verles entrar en el agua.

—¿Creéis que realmente hay cocodrilos ahí dentro? —preguntó Clay, mordiéndose el labio inferior.

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? ¡Ya no sé qué pensar de este parque!

Seguimos el camino. Unos minutos más tarde reconocí la estructura en forma de montaña del Tobogán Maldito. Apareció a la vista la amplia plaza circular. Estaba casi desierta. Incluso el Horror que vendía helados había desaparecido.

—¿Dónde crees que están mamá y papá? —pregunté.

—Probablemente hace horas que nos buscan y están furiosos —dijo Luke con una mueca.

—¿Dónde están? —exclamó Clay. Empezaba a parecer verdaderamente intranquilo—. Tenemos que encontrarles.

—¿Son ellos esos de ahí? —preguntó Luke. Señalaba a un hombre y una mujer que estaban en la sombra de una gran fuente de piedra.

Hice visera con una mano para protegerme los ojos del sol. La mujer era alta y tenía el pelo oscuro. El hombre era bajo y rubio.

—¡Sí! ¡Son ellos! —exclamé feliz. Eché a correr hacia la fuente, llamándoles—: ¡Mamá! ¡Papá!

Los chicos me siguieron a todo correr.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Eh...!

Los dos se volvieron, con una expresión sorprendida en el rostro.

—¡Oh! —exclamé cuando vi que no eran ellos.

Me detuve en seco y Luke chocó conmigo.

—Lo siento —dije a la confundida pareja—. Creíamos que eran ustedes otras personas.

Los tres cruzamos la plaza a toda prisa. Yo oía el aullido de los lobos de la Ciudad de los Hombres Lobo. El carrito de los helados permanecía solitario cerca de la entrada del Tobogán Maldito.

—¿Dónde están? —gimió Clay—. Empiezo a tener hambre.

—Sí. Ya pasa de la hora de comer —dije.

—Pueden estar en cualquier parte —respondió Luke con tristeza dando una patada a una piedra—. En cualquier parte de este enorme parque.

Suspiré.

—Busquémosles donde hay sombra. El sol quema de veras.

Nos dirigimos hacia la sombra que proyectaba el edificio del Tobogán Maldito. De pronto aparecieron dos Horrores vestidos de verde. Sus grandes ojos amarillos sobresalían en su cara.

Sin pensarlo, fui corriendo hasta ellos.

—¿Han visto a nuestros padres? —pregunté sin aliento.

Ellos me miraron con sorpresa.

—¿Vuestros padres? —repitió uno de ellos.

—Sí. —Hice un gesto de asentimiento—. Mi mamá tiene el pelo negro. Mi padre es más bien bajito y tiene el pelo rubio.

—Mmm.

Los dos Horrores se miraron.

—Mamá lleva un vestido playero amarillo —les informé.

—Y papá lleva una gorra de los Chicago Cubs —añadió Luke.

—Ah, sí —exclamó uno de los Horrores, una mujer.

—¿Les han visto? —pregunté ansiosa.

Ella asintió.

—Sí. Los recuerdo. Se han ido. Se han ido hace una media hora.

—¿Qué? —exclamé, mirándola con incredulidad.

—Me han pedido que os dé un mensaje —dijo el Horror.

—¿Un mensaje? ¿Qué mensaje? —pregunté.

—Adiós —respondió el Horror.

16

—¡Se equivocan! —grité—. ¡Ellos no se marcharían sin nosotros!

—Hace una media hora —repitió el Horror. Se encogió de hombros bajo el voluminoso disfraz de monstruo—. Yo estaba en la puerta cuando se fueron.

—Pero... pero... —balbuceé.

Los dos Horrores se volvieron y echaron a andar hacia una pequeña cabaña blanca que había en un extremo de la plaza.

—¡Eh, esperen! —les grité, siguiéndoles—. Han cometido un error. Nuestros padres no se irían sin nosotros.

Desaparecieron en la cabaña. La puerta se cerró tras ellos.

Regresé junto a Luke y Clay. Los chicos me miraban sin comprender nada.

—Se ha confundido —les dije—. Mamá y papá todavía están aquí. Lo sé.

—Entonces, ¿por qué ha dicho...? —empezó a preguntar Clay, pero se le quebró la voz.

Vi que estaba muy preocupado e intranquilo. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por la frente sonrosada.

Luke trató de bromear.

—¡Supongo que eso significa que tenemos todo el parque para nosotros! —exclamó, forzando una sonrisa.

—Muy divertido —respondí con sarcasmo—. Tampoco tenemos dinero y estamos a unos quinientos kilómetros de casa.

—Podríamos telefonear a alguien —sugirió Luke.

—No hay teléfono —murmuró Clay. Bajó la cabeza, se metió las

manos en los bolsillos de los pantalones y se volvió.

—Ah, claro —recordó Luke—. Han dicho a papá que en el parque no hay teléfono.

—Eso es una locura —dije acalorada—. Son unos mentirosos. Los Horrores son todos unos mentirosos.

—Supongo que es su trabajo —opinó Luke—. Nos mienten para asustarnos. Por eso este sitio se llama Horrorlandia.

—Deberían llamarlo Tontilandia —murmuró Clay con amargura.

—¡Pero si es fantástico! —protestó Luke—. A mí me encanta estar muerto de miedo, ¿a ti no? —Dio un fuerte empujón a Clay.

—No —respondió Clay en voz baja. No hizo ademán de devolverle el empujón a Luke.

—Bueno, ella mentía respecto a mamá y papá —insistí, mirando hacía la cabaña blanca—. Sólo trataba de asustarnos. Mamá y papá todavía están aquí. Sólo tenemos que encontrarles.

—Vamos —apremió Luke—. Espero que les encontremos pronto. La verdad es que empiezo a tener mucha hambre.

Vagamos por el parque durante lo que nos parecieron horas. Buscamos en los oscuros y misteriosos bosques y en las extrañas ciudades de monstruos. Anduvimos por una zona de carnaval con docenas de atracciones de aspecto terrorífico.

Al otro lado de la Ciudad de los Vampiros pasamos por delante de un edificio con el anuncio de un Zoo de los Monstruos. Estaba cerrado. Pero oímos los más aterradores gruñidos, aullidos y gemidos procedentes de su interior.

Un largo edificio amarillo exhibía un cartel que anunciaba: MUSEO DE LA GUILLOTINA. SE RUEGA AGARREN BIEN SU CABEZA. Luke quería entrar, pero Clay y yo le convencimos de que no lo hiciera.

Horrorlandia estaba sorprendentemente vacía. Pasamos por delante de varios Horrores que caminaban apresurados con sus disfraces de vivo color verde. También vimos algunas familias paseando, siempre con niños pequeños que lloraban.

Las atracciones del área del carnaval funcionaban vacías. También estaban vacíos todos los puestos de comida y los restaurantes.

Atravesamos todo el parque. Yo estaba cada vez más

preocupada.

¿Por qué no nos habíamos cruzado con mamá y papá?

Seguro que para entonces teníamos que haberles visto.

Clay se había quedado muy callado. Yo sabía que estaba verdaderamente asustado. Incluso a Luke le costaba caminar e iba con los hombros caídos y la cabeza baja.

Cuando nos encontramos de nuevo en la Laguna de los Cocodrilos, yo me sentía muy mal. Crucé la orilla cubierta de hierba para acercarme al borde del agua marrón.

—¿Qué crees que les ha pasado a los adolescentes que han venido a nadar aquí? —preguntó Luke mirando al otro lado de la laguna—. ¿Crees que los cocodrilos se los han comido?

—Tal vez —respondí.

En realidad no le escuchaba. Pensaba en mamá y papá.

—¡Eh, mirad! —exclamó Clay señalando hacia el agua.

Vi dos largos troncos de color marrón verdoso flotando sobre el agua en dirección a nosotros. Tardé un momento en comprender que los troncos eran cocodrilos.

—¡Qué grandes! —declaró Clay en un susurro.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —les advertí.

Los tres nos encontrábamos en el borde del agua. Los cocodrilos flotaban en silencio justo debajo de la superficie del agua inmóvil, sin provocar apenas una onda.

—Mamá y papá no se han marchado sin nosotros —repetí por enésima vez.

—Pero hemos buscado en todas partes —dijo Luke con voz suave.

—No se han marchado sin nosotros —insistí—. Nunca se marcharían sin nosotros. O sea… —Vacilé. Todos los pensamientos que acudían a mi mente eran terribles.

—¿O sea qué? —preguntó Clay ansioso.

—O sea que si no están en el parque —proseguí— es que les ha sucedido algo. Les ha sucedido algo malo.

Clay ahogó un grito. Luke entornó sus ojos azules y me miró.

—¿Qué quieres decir, Lizzy? —preguntó.

—Quiero decir que este lugar es realmente horrible —respondí —. Quizá los Horrores o alguien les han hecho algo a mamá y papá.

Miré fijamente el lomo marrón de los cocodrilos que se deslizaban con tanta suavidad, sin esfuerzo, hacia nosotros.

—Eso es una locura —murmuró Luke.

Sabía que era una locura. Pero no tenía ninguna otra explicación.

—Este parque me da mala espina —les dije—. Muy mala espina.

Al decir esto noté que unas fuertes manos me agarraban desde atrás y me empujaban a la Laguna de los Cocodrilos.

17

Grité.

Entonces me di cuenta de que no me lanzaban al agua.

Las manos se agarraban a mis hombros.

Me volví en redondo.

—¡Papá! —exclamé.

—¡Lizzy! —exclamó él agarrado aún a mí—. ¿Dónde estabais?

—¡Hemos recorrido este parque doce veces para encontraros! —declaró mamá. Estaba de pie en la hierba, detrás de nosotros, con las manos apretadas con fuerza a la cintura.

—¡Nosotros también os estábamos buscando! —dije yo.

—¡Nos han dicho que os habíais marchado! —informó Luke.

—Estábamos asustados —añadió Clay.

Todos nos pusimos a hablar al mismo tiempo.

Yo estaba muy contenta de verles. Y me di cuenta de que Luke y Clay también lo estaban.

Había imaginado que les había sucedido toda clase de desgracias. No era propio de mí dejar vagar mi imaginación de ese modo.

Pero Horrorlandia era un lugar terrorífico. Era imposible no tener pensamientos horribles.

—Quiero ir a casa —dije.

—¿Han encontrado algún teléfono? —preguntó Clay—. ¿Y algún coche?

Papá hizo un gesto de negación.

—No. No hay teléfono. El tipo disfrazado de monstruo no nos ha

mentido. No hay ningún teléfono en este parque.

—Pero los Horrores han sido muy amables con nosotros —intervino mamá—. Nos han dicho que no nos preocupemos por nada.

—Sí, nos han dicho que cuando queramos marcharnos vayamos a las taquillas —informó papá.

Mamá acariciaba con ternura el pelo de Luke.

—¿Habéis subido a alguna atracción?

—Hemos hecho cosas que daban mucho miedo —le dijo Luke.

—Muchísimo miedo —añadió Clay.

—Tengo un hambre terrible —siguió Luke.

Papá consultó su reloj.

—Ya ha pasado la hora de comer. Creo que todos tenemos hambre.

—Los restaurantes y puestos de comida están al otro lado del parque —informó mamá.

—¿Comemos un poco y nos marchamos enseguida? —pregunté ansiosa. Aquel lugar todavía me daba mala espina. Quería irme lejos de Horrorlandia, muy lejos.

—Vuestra madre y yo hemos pasado todo el tiempo buscándoos —dijo papá, secándose el sudor de la frente con una mano—. No nos hemos podido divertir.

—Deberíamos subir al menos a una atracción juntos antes de marcharnos —sugirió mamá.

—Yo sólo quiero irme —declaré—. De veras.

—Lizzy, no pareces tú —me regañó mamá.

—Está asustada —dijo Luke—. Es una cobardica.

—A lo mejor hay alguna atracción que nos lleve a la parte delantera del parque —aventuró papá—. Podríamos subir todos, almorzar e irnos.

—Me parece bien —accedió mamá. Me miró fijamente—. ¿Y a ti?

—Supongo que también —respondí con un suspiro—. Pero es que estas atracciones dan mucho miedo. No son divertidas.

Luke se rió.

—A Lizzy le dan demasiado miedo… pero a Clay y a mí no —afirmó—. ¿Verdad, Clay?

—Yo he tenido un poco de miedo en el Cobertizo de los Murciélagos —admitió Clay.

Nos alejamos de la Laguna de los Cocodrilos, cruzando la orilla de hierbas hasta llegar al camino pavimentado. Una pareja disfrazada de Horror pasó por nuestro lado, charlando en voz baja.

Se oyeron los agudos aullidos de terror de una chica procedentes de algún lugar a lo lejos. El mismo grito aterrador se repitió una y otra vez.

Frente a nosotros se oían aullidos de lobo. Y de un altavoz oculto entre los árboles salió una carcajada perversa, una risa espantosa que no cesaba.

—Es como estar en una película de terror —comentó mamá.

—Muy lista —añadió papá, caminando con una mano sobre mi hombro—. Es extraño que nunca hayamos oído hablar de este parque.

—Deberían anunciarlo en televisión —dijo mamá—. Así vendría más gente.

Pasamos junto a un edificio verde, alto y estrecho, con un cartel delante que decía: CAÍDA LIBRE. EL ÚNICO SALTO SIN CUERDA DE SUJECIÓN.

—¿Quieres probar eso? —me preguntó papá dándome un apretón en el hombro y sonriendo.

—Creo que no —respondí sin vacilar.

Luke se había adelantado. Se volvió y caminó hacia atrás, esperando a que le atrapáramos.

—Mamá y papá deberían probar el Tobogán Maldito —dijo sonriendo—. ¡Es impresionante!

¿Realmente no se acordaba del miedo que había pasado?

—No creo que les guste —dije con calma.

—Quizá podríamos encontrar algo que sólo dé un poquito de miedo —sugirió Clay.

Papá se rió.

—¿Te lo estás pasando bien, Clay?

Clay vaciló.

—Un poco —respondió al fin.

—¡Yo me lo estoy pasando bomba! —declaró Luke.

El camino describía una curva junto a un estrecho río de color

marrón. Millones de diminutos insectos blancos revoloteaban sobre la superficie del agua. Bajo la fuerte luz del sol parecían pequeños diamantes relucientes.

Un cobertizo para botes, pequeño y de color marrón, apareció ante nosotros. Detrás vi unas canoas en el agua, bajo un muelle de madera.

Un cartel junto al cobertizo indicaba: CRUCERO EN ATAÚD. UN RELAJANTE PASEO HASTA LA TUMBA.

—Esto puede ser divertido —dijo mamá mirando los pequeños botes.

—Me parece que el río va hacia la parte delantera del parque —añadió papá—. ¡Vamos a subir!

Luke gritó entusiasmado y echó a correr hacia el muelle.

Yo me rezagué detrás de los demás. Cuando por fin llegué al muelle tardé un rato en comprender que los objetos que se columpiaban en el agua marrón no eran canoas sino... ¡ataúdes!

Eran de madera negra. Las tapas estaban levantadas y se veía su interior de satén rojo. En cada ataúd cabía una persona.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.

—¿Vamos a meternos en esos ataúdes? —pregunté.

—Parecen confortables —declaró mamá, sonriéndome—. El agua está tranquila, Lizzy. No dará miedo.

—¡Primero yo! —exclamó Luke, y echó a correr hacia el final del muelle de madera.

Aparecieron dos Horrores disfrazados para ayudarnos a meternos en los ataúdes.

—Échate. Disfruta del viaje —dijo uno de ellos.

—Será el último que hagáis —añadió el otro Horror riendo entre dientes.

Cuando todos estuvimos dentro de nuestros respectivos féretros, los Horrores los soltaron y les dieron un fuerte empujón para alejarlos del muelle.

«Allá voy —pensé—, metida en mi ataúd.»

El féretro flotaba suavemente, meciéndose en el agua. Yo contemplaba el brillante cielo azul. Los árboles relucían a ambas orillas mientras yo pasaba por delante.

Era muy bonito, muy relajante.

¿Por qué pensé que algo terrible estaba a punto de suceder?

18

Tumbada de espaldas no podía ver a los otros. Pero oía el suave chapoteo que producían sus ataúdes en el agua.

—Es agradable —dijo mamá—. Muy relajante.

—¡Qué aburrido! —exclamó Luke—. ¿Dónde está lo que da miedo?

—Sólo es un agradable paseo en ataúd —dijo papá—. ¿Creéis que realmente flotamos? ¿O el ataúd va sobre raíles o algo así?

—Podría estar horas flotando así —dijo mamá.

—Las atracciones duran bastante —le informó Clay.

—¿Eso de ahí arriba es un halcón? —preguntó papá—. ¿Lo veis?

Me protegí los ojos del sol con una mano y miré al cielo. Directamente encima de nosotros se mantenía inmóvil una sombra oscura, un poco más grande que un punto.

—No es un halcón, ¡Creo que es buitre! —declaró Luke—. ¡Está viendo los ataúdes y espera para comer nuestra carne! —se rió.

—Luke, ¿de dónde sacas esas ideas tan espantosas? —le preguntó mamá.

—¡Tal vez Luke debiera vivir en Horrorlandia! —exclamó papá —. ¡Podríamos ponerle uno de esos disfraces verdes de monstruo y se encontraría como pez en el agua!

—¡Él no necesita disfraz! —bromeé.

Empezaba a sentirme un poco mejor. El paseo era tranquilo y relajante. Y suponía que no podía ocurrimos nada terrible si estábamos toda la familia reunida.

Me acomodé en el ataúd, con las manos a los costados, y miré

fijamente el pájaro que volaba en círculos en el despejado cielo. El ataúd se mecía suavemente, produciendo leves chapoteos.

Era tan agradable… tan tranquilo.

Entonces, antes de que pudiera emitir un solo sonido, el ataúd se cerró de golpe sobre mí. Me hallaba atrapada en la más absoluta oscuridad.

19

—¡Eh! —exclamé. Mi voz sonó ahogada bajo la tapa cerrada.

Oí el ruido sordo de las tapas de los otros ataúdes cuando se cerraban.

—¡Eh... dejadme salir!

Empujé la tapa con ambas manos. Pero no se movió. Respiré hondo y volví a intentarlo. Esta vez empujé con las manos y los pies, pero la pesada tapa siguió sin moverse.

El corazón me latía con tanta fuerza que creí que me explotaría el pecho. El aire dentro del ataúd cerrado ya empezaba a ser sofocante.

—¡Abrid! ¡Abrid! —grité.

Intenté de nuevo abrir la tapa empujándola. Oía los gritos ahogados de Clay en el ataúd de al lado. El pobre se estaba desgañitando.

Solté un gruñido y empujé con todas mis fuerzas. La tapa no cedió ni un centímetro.

«Cálmate, Lizzy. Cálmate —me dije—. No es más que un estúpido paseo. La tapa del ataúd se abrirá en cualquier momento.»

Esperé, respirando fuerte.

Conté hasta diez.

Volví a contar hasta diez.

La tapa no se abría.

Cerré los ojos y traté de contar hasta cincuenta. «Cuando llegue a cincuenta —me dije—, abriré los ojos y la tapa se habrá abierto.»

—... veintidós, veintitrés, veinticuatro... —conté en voz alta.

Mi voz era débil y ahogada. Empezaba a costarme respirar. El aire ya estaba viciado.

Cuando llegué a veinticinco dejé de contar y abrí los ojos. La tapa no se había abierto.

«Hace mucho calor aquí dentro —pensé—. El sol cae de lleno sobre el ataúd. No hay aire, ¡voy a freírme!»

Intenté gritar, pero no me salió ningún sonido de la garganta.

Jadeé.

Fuera oía gritos ahogados.

¿Era mi madre la que gritaba de aquel modo?

—No es más que un paseo —dije en voz alta— Sólo un estúpido paseo. La tapa se abrirá... ¡ya!

Pero no se abrió.

El aire era muy caliente y enrarecido.

¿Por qué la tapa no se abría?

¿Por qué?

Traté de contener el pánico, pero no podía. Todo mi cuerpo temblaba y se estremecía. Sentía un sudor frío que me resbalaba por la frente.

—¡Algo se ha estropeado! —grité de nuevo—. ¡La tapa tiene que abrirse... pero no se abre!

Frenética, empujé con las dos manos. Me dolían los brazos de apretar tan fuerte. Pero la tapa seguía sin moverse.

El ataúd se mecía y balanceaba en el agua.

Bajé las manos, derrotada. Aspiré una bocanada de aquel aire caliente y viciado. El pecho me subía y bajaba. Mi cuerpo temblaba.

Entonces empecé a notar que me picaban las piernas. Era una sensación de cosquilleo cerca de los tobillos que luego me subió por las piernas.

Era como una picazón.

Algo me subía lentamente por las piernas. Algo pequeño y espinoso.

—¡Ah! —exclamé horrorizada. ¡Arañas!

20

Intenté rascarme las piernas, pero no tenía los brazos suficientemente largos. Como no podía moverme ni inclinarme en el pequeño ataúd, no llegaba.

El cosquilleo fue subiendo.

Yo quería gritar, pero empecé a toser.

Entonces se abrió la tapa del ataúd. La fuerte luz del sol me hizo cerrar los ojos.

—¡Oh! —exclamé.

Me incorporé y me senté. Entre parpadeos, vi que los otros ya salían de sus ataúdes.

Me rasqué las piernas con furia, pero para mi sorpresa, no había ninguna araña, ni ningún otro insecto.

El ataúd se había detenido junto a un pequeño muelle. Apoyé las dos manos en los costados del ataúd y me puse de pie.

—¡Salgamos de aquí! —oí que Clay gritaba.

—¡Ha sido horrible! —exclamó mi madre.

Luke no dijo nada. Estaba pálido y tenía el pelo negro pegado a la frente por el sudor.

—La verdad es que han ido demasiado lejos —dijo papá enojado —. Voy a quejarme.

—¡No, vámonos! —pidió mamá.

Todos subimos al muelle. Yo ayudé a Clay. Luego respiré hondo varias veces para disfrutar del aire fresco.

Papá corrió por el muelle hacia la plaza y los demás nos apresuramos detrás de él.

—¡A las taquillas! —nos gritó— ¡Están allí! —señaló.

El paseo en ataúd nos había llevado a la parte delantera del parque. Vi la entrada y la hilera de taquillas verdes a la derecha.

—¡Ese paseo realmente ha sido brutal! —exclamó Clay meneando la cabeza.

—Me picaban mucho las piernas. ¡Creía que tenía hormigas! —declaró Luke.

—¡A mí me parecía que eran arañas! —intervine yo.

—Me pregunto cómo lo hacen —dijo Luke pensativo.

—No me importa —repliqué yo—. Sólo quiero salir de aquí. ¡Detesto este sitio!

—Yo también —coincidió Clay.

—Han ido demasiado lejos —repitió mamá sin aliento, casi corriendo para mantenerse a nuestro lado mientras seguíamos a papá—. Cuando una atracción da tanto miedo no es divertida. He tenido verdaderos problemas para respirar.

—Yo también —dije.

—Eh, ¿cómo iremos a casa? —preguntó de pronto Luke mirando a mamá—. El coche ha explotado.

—Me parece que esa gente disfrazada de monstruo nos alquilará uno —respondió mamá—. Le han dicho a papá que vaya a las taquillas.

—¿Podemos parar y comer pizza? —inquirió Luke.

—Primero salgamos de aquí y luego nos preocuparemos del almuerzo —dijo mamá.

La plaza principal estaba completamente vacía. No se veía ni un ser vivo.

Seguimos a papá hasta la primera taquilla. Pero se volvió a nosotros con cara de decepción.

—Cerrado —dijo.

Una reja metálica cerraba la ventanilla.

Papá respiraba con dificultad a causa del esfuerzo de correr. Se apartó el pelo de la frente con las dos manos.

—Por aquí —dijo.

Le seguimos hasta la siguiente taquilla. También estaba cerrada.

Y luego la siguiente. Cerrada.

No tardamos en descubrir que todas las taquillas estaban

cerradas.

—Qué extraño —dijo Luke meneando la cabeza.

—¿No esperan más visitantes hoy? —preguntó mamá a papá—. ¿Cómo es que cierran así?

Papá se encogió de hombros.

—Tendremos que preguntarlo.

Buscó con la mirada en todas direcciones.

Yo me volví y exploré la plaza con él. No se veía a nadie. Ni visitantes. Ni Horrores.

—Probemos allí —sugirió papá.

Echó a andar hacia un edificio bajo de color verde que se alzaba detrás de las taquillas. Parecía una especie de oficina. También estaba cerrado. Papá intentó abrir la puerta. No se abría.

Luego, se rascó la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Adonde ha ido todo el mundo? —preguntó.

Mamá le cogió del brazo.

—Es muy extraño —dijo en voz baja.

Miré a Luke y a Clay. Estaban juntos, tensos, en el camino de delante de la oficina. Ninguno de los dos decía nada.

—¿Estás seguro de que son estas taquillas? —pregunté.

—Sí —respondió papá con aire preocupado—. Esto es la entrada principal.

—¿Dónde pueden estar? —inquirió mamá mordiéndose el labio inferior.

—A lo mejor encontramos a alguien en el aparcamiento —sugerí —. Un vigilante o algo así. Él podría decirnos cómo conseguir un coche.

—Buena idea, Lizzy. —Papá me dio una palmadita en la cabeza, como solía hacer cuando era pequeña.

Esperaba que Luke se burlara de mí. Pero no dijo una palabra. Supongo que estaba demasiado preocupado e intranquilo.

—Vamos —les dije.

Me di la vuelta y eché a correr por delante de las taquillas vacías. La alta verja metálica de la entrada de Horrorlandia se encontraba más allá de las taquillas.

Me detuve un instante a leer un cartel que había a un lado de las taquillas. Decía: SIN SALIDA. ¡NADIE SALE VIVO DE

HORRORLANDIA!

—Ja, ja —fingí reír—. Estos carteles son la monda. Corrí el resto del camino y llegué la primera a la verja. Tiré de la puerta, pero no se abrió. Probé a empujar.

No se movió.

Entonces vi la gruesa cadena y el gran candado en la puerta de la verja.

Tragué saliva con fuerza y me volví hacia los demás.

—¡Estamos encerrados! —exclamé.

21

—¿Qué?

Papá me miró fijamente. Me parece que no me creyó.

—¡Estamos encerrados! —repetí.

Levanté el gran candado metálico con las dos manos y luego lo dejé caer; golpeó los barrotes de la verja con gran estruendo.

—¡Es imposible! —exclamó mamá, llevándose las manos a las mejillas—. ¡No pueden encerrar a la gente en un parque de atracciones!

—Tal vez se trate de otra broma —sugirió Luke—. En este sitio parece que todo se convierte en una broma. A lo mejor esto también lo es.

Volví a levantar el pesado candado.

—No parece una broma, Luke —dije con tristeza.

—Deben de querer que salgamos por otro sitio —sugirió mamá.

—Tal vez —afirmó papá sin gran convicción—. A lo mejor hay una salida lateral. Pero no he visto ninguna.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Clay con tono quejumbroso. Tenía la cara enrojecida y respiraba con dificultad.

—¿Dónde está todo el mundo? —quiso saber Luke—. Tienen que dejarnos marchar. ¡Tienen que dejarnos!

—Tratemos de conservar la calma —dijo papá, poniendo una mano sobre el hombro de Luke—. No hay razón para asustarse. Este lugar es extraño, pero no corremos ningún peligro.

—Tiene razón —terció mamá—. No hay motivo para tener miedo. Saldremos de aquí y regresaremos a casa enseguida. —

Esbozó una sonrisa forzada.

—En cuanto estemos fuera, os compraré pizza y vasos enormes de refresco —prometió papá—. Todos nos reiremos a gusto de nuestras aventuras terroríficas de hoy en Horrorlandia.

—Pero, ¿cómo saldremos? —preguntó Luke con voz chillona.

—Bueno… —Papá se frotó la barbilla.

—¿Crees que podríamos saltar la valla? —pregunté.

Todos levantamos la mirada hasta la parte superior de la verja de hierro. Quedaba muy por encima de nuestras cabezas. Debía de tener unos seis metros de altura.

—¡Yo no puedo subir ahí! —exclamó Clay—. ¡Me caería!

—Es demasido alta —dijo mamá sin vacilar.

—Mala idea —murmuré.

Una gran nube blanca ocultó el sol. Nuestras sombras se alargaron en el pavimento. El aire refrescó.

Sentí un escalofrío en la espalda.

—¡Tiene que haber un modo de salir de este estúpido parque! —exclamé enojada. Levanté el candado y golpeé con él los barrotes de la verja.

—Tranquilízate, Lizzy —me calmó papá—. Sólo tenemos que encontrar a uno de esos trabajadores del parque que van disfrazados. Ellos nos dirán cómo podemos salir.

—Eh… papá… —Luke tiró a papá de un brazo—. Ahí están.

Todos gritamos asombrados cuando vimos a los Horrores cruzar la plaza. Los había a docenas. Avanzaban rápidos, con un ritmo regular. Y en silencio.

Unos segundos antes la plaza estaba vacía. Ahora se encontraba llena de Horrores vestidos de verde que se dirigían hacia nosotros y se dispersaban, dispuestos a rodearnos.

Sentí que el pánico se apoderaba de mí.

Las piernas empezaron a temblarme.

Me quedé mirándolos aterrada mientras se acercaban.

No podía hablar.

No podía moverme.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Clay con cara de terror. Se colocó detrás de papá—. ¿Qué van a hacernos?

22

Nos apiñamos mientras los Horrores se iban acercando en silencio. Lo único que se oía era el golpeteo de sus pies de monstruo en el pavimento y el arrastrar de sus largas colas de color morado.

—¡Los hay a cientos! —murmuró mamá. Se cogió del brazo de papá y me pasó el otro brazo por los hombros tirando de mí.

Teníamos la espalda pegada a la valla de hierro. No podíamos hacer nada; clavamos la vista en aquellos rostros verdes y sonrientes, con los desorbitados ojos amarillos, que parecían reírse cruelmente de nosotros.

Por fin se detuvieron a unos pasos de donde estábamos.

La plaza seguía tranquila y silenciosa, aterradoramente silenciosa.

El sol seguía oculto tras la gran nube. Dos grandes pájaros negros bajaron en picado del cielo gris.

Nosotros mirábamos fijamente a los Horrores y ellos nos miraban a nosotros.

Tragué saliva con fuerza, apoyándome contra mi madre. Noté que su cuerpo temblaba.

Respiré hondo y pregunté:

—¿Qué queréis?

Mi propia voz me sobresaltó.

Uno de los Horrores, una mujer joven, se adelantó.

Asustada, intenté retroceder. Pero ya tenía la espalda apretada contra la valla.

—¿Qué queréis? —repetí con voz temblorosa.

El Horror disfrazado nos miró fijamente uno a uno.

—Quiero daros las gracias —dijo con voz alegre.

—¿Eh? —exclamé.

—Soy la maestra de ceremonias de Horrorlandia. Todos queremos daros las gracias por haber sido nuestros invitados de hoy. —Esbozó una cálida sonrisa.

—¿Quiere decir que podemos irnos? —preguntó Luke medio escondido detrás de papá.

—Por supuesto —respondió el Horror, sonriendo con aire afectuoso—. Pero antes queremos daros las gracias por aparecer en la Cámara Oculta de Horrorlandia.

Las docenas de Horrores que estaban detrás de ella prorrumpieron en aplausos y fuertes vítores.

—¿Qué? ¿Quiere decir que se trata de una especie de espectáculo? —preguntó papá frunciendo el entrecejo.

—¿Ve las cámaras? —preguntó a su vez la maestra de ceremonias. Señaló los altos postes que había en la plaza.

Levanté la mirada hacia ellos y vi dos cámaras de televisión.

—¿Hemos salido en televisión? —quiso saber Luke.

—Desde el instante en que han llegado —respondió la maestra de ceremonias—. Nuestras cámaras ocultas les han seguido por todas partes. Desde la graciosa escena en que hemos hecho explotar su coche nuestras cámaras les han seguido. Sabemos que a nuestra audiencia les han encantado sus expresiones asustadas y sus gritos de terror mientras estaban en las atracciones.

—Eh, un momento —dijo papá enojado. Dio un paso al frente. Tenía los puños apretados a los lados—. ¿Dice que esto es un programa de televisión? ¿Cómo es que nunca lo he visto?

—Nos ven cada semana en el Canal de los Monstruos —respondió el Horror.

—¡Ah! —exclamó papá bajando los ojos—. No tenemos televisión por cable.

—Deberían tenerla —le dijo el Horror—. Se pierden todos los programas de miedo del Canal de los Monstruos.

Todos los Horrores aplaudieron y vitorearon.

—Bien, tienen ustedes un gran espíritu deportivo —prosiguió la maestra de ceremonias—. Nos ha gustado tenerles aquí. Para

demostrarles nuestro agradecimiento, en el aparcamiento les espera un coche nuevo.

Más vítores y aplausos por parte de los Horrores.

—¿Un coche nuevo? —exclamó Luke—. ¡Espléndido!

—¿Eso significa que podemos irnos? —preguntó Clay tímidamente.

El Horror asintió.

—Es hora de que se marchen. La salida de verdad está allí, en aquella puerta.

Señaló un alto edificio verde que había cerca del final de la valla. A un lado vi una puerta amarilla.

—Vayan por la puerta amarilla —indicó el Horror—. Y gracias de nuevo por aparecer en la Cámara Oculta de Horrorlandia.

Mientras todos los Horrores aplaudían con sus grandes manos de color verde, nosotros nos alejamos de la verja y nos apresuramos hacia la salida.

—¡No puedo creer que hayamos salido por televisión todo el rato! —exclamó mamá.

—¡Y nos van a dar un coche nuevo! —canturreó Luke feliz. Se puso a dar brincos. Luego saltó sobre la espalda de Clay y estuvo a punto de hacerle caer.

Me reí. Era agradable ver de nuevo al Luke de siempre.

—¡Tenemos que poner televisión por cable! —dijo Luke a papá—. Quiero ver el Canal de los Monstruos. ¡Tiene que ser imponente!

—Tendremos que ponerlo para vernos —añadió mamá.

Llegué la primera a la puerta amarilla y la abrí. Entré en una habitación enorme de paredes blancas que resplandecían bajo unas fuertes luces blancas que había en el techo.

—¿Esto es la salida? —exclamé.

En cuanto todos estuvimos dentro, la puerta se cerró con un golpe tan fuerte que el corazón me dio un vuelco.

Entonces se apagaron todas las luces.

—¡Bienvenidos al Desafío de Horrorlandia! —atronó una voz profunda y aterradora por un altavoz.

—¿Eh?

Di varias vueltas sobre mí, tratando de ver algo, cualquier cosa, en la oscuridad.

—Tenéis un minuto para superar la Carrera de Obstáculos de los Monstruos —retumbó la voz—. Tened presente que los juegos ya han terminado. Esto es real. ¡Os estáis jugando la vida!

23

—¡Nos han engañado! —oí que papá decía con enfado. Entonces gritó con todas sus fuerzas—: ¡Sáquennos de aquí!

—¡Corred! —resonó la voz profunda—. Tenéis cincuenta y seis segundos.

Papá se puso a gritar de nuevo. Pero le hicimos callar cuando se encendió una débil luz y una asquerosa criatura de cuatro brazos avanzó hacia nosotros.

—¡Aaaah! —exclamé casi sin darme cuenta.

El monstruo, del tamaño de un gorila, tenía unos enormes ojos verdes rodeados de espeso pelo rojo. Le caía saliva de la boca, y cuando abrió sus fauces, aparecieron dos hileras de largos colmillos entre sus delgados labios rojos.

—¡No os quedéis ahí! ¡Corred! ¡Esto es una carrera de obstáculos! —atronó la voz con impaciencia—. ¡Tenéis cincuenta segundos para vivir! ¡Al menos haced una buena carrera!

El monstruo profirió un ronco gruñido. Se acercaba con torpeza hacia nosotros, a la débil luz. Abría sus fauces como si se preparara para morder. Sus cuatro enormes patas daban zarpazos en el aire.

Yo estaba demasiado asombrada para moverme, demasiado asustada para correr.

Pero de pronto sentí que una mano cogía la mía y tiraba de mí con fuerza.

Me di cuenta de que era papá, que trataba de llevarme a un lugar seguro.

Oí que los chicos gritaban de miedo. Noté el cuerpo de mamá a

mi lado cuando todos empezamos a tropezar.

—¡Corred! ¡Corred! —animó la voz por encima de los chillidos de los dos muchachos.

Yo no veía por dónde pisaba. La luz era muy escasa. Sólo percibí de manera confusa, borrosa, unos pies que corrían, unas sombras que se movían.

El monstruo soltó un rugido ensordecedor. Me tapé los oídos y seguí corriendo.

Dio unos zarpazos en dirección a papá, pero falló.

Pasamos volando por su lado.

Entonces nos encontramos frente a dos pájaros gigantescos, al menos de tres metros. Parecían grúas.

Chillaban y movían sus enormes alas. Hacían el mismo ruido que las tiendas de campaña cuando las azota un fuerte viento.

—¡Ehh! ¡Socorro!

¿Era yo la que gritaba de aquel modo?

¿Realmente me hallaba envuelta en sus calientes alas? ¿Me quemaba? ¿Me ahogaba?

—¡No... por favor!

¿Cómo me solté?

¿Me estaban persiguiendo ahora seis criaturas gruñonas como cerdos con dientes afilados que se enroscaban en su boca retorcida?

Los aterrados gritos y chillidos de mi familia se alzaban por encima del aleteo de los pájaros y de los gruñidos de los monstruos.

Oí que papá gritaba. Y, a la débil luz, le vi forcejear para liberarse de una criatura de cuatro brazos.

—¡No! —exclamé yo cuando noté que algo cálido se enroscaba en mi tobillo. ¡Una serpiente cubierta de pelo!

Volví a gritar y di patadas como una loca, enviando la serpiente a la oscuridad.

Pero antes de poder volver a moverme otra serpiente peluda se enroscó en mi pierna, apretándola.

Me agaché y tiré de ella mientras ella siseaba y protestaba.

La arrojé a un lado.

—¡Corred! ¡Corred! —retumbaba la voz—. ¡Os quedan veinte segundos de vida!

Delante aparecieron más monstruos. Repugnantes criaturas

amarillas como lagartos con una lengua oscura parecida a un látigo. Una bola de pelo que saltaba y rugía, con afilados dientes que asomaban por tres bocas.

Siseantes serpientes, enormes insectos zumbadores de relucientes ojos colorados, más monstruos que semejaban cerdos gruñones. Luego, una gigantesca criatura parecida a un oso se acercó a nosotros andando sobre dos patas. Echó atras su oscura cabeza redonda y se rió como una hiena mientras lanzaba zarpazos al aire con las patas delanteras.

—¡Socorro! —oí que gritaba Luke. Entonces le vi desaparecer, envuelto en las alas de uno de los gigantescos pájaros.

El pájaro soltó un chillido triunfal cuando sus alas se cerraron en torno a mi hermano.

—¡10 segundos! —atronó la voz.

—¡No! —exclamé.

Me abalancé sobre el pájaro, agarré el ala y tiré de ella.

Luke salió de debajo y los dos echamos a correr.

Los monstruos gruñían, agitaban las alas, resoplaban y rugían.

—¿Lo... conseguiremos? —preguntó Luke con voz débil.

No tuve oportunidad de responder.

Dos potentes garras me aferraban por la cintura y me alzaban en el aire; luego me dejaron caer al suelo. Aterricé sobre mi estómago y me golpeé la cabeza en el suelo.

Aturdida y dolorida, levanté la vista a tiempo de ver una enorme criatura, grande como un elefante, que estaba a punto de aplastarme con su inmensa y peluda pata trasera.

«No voy a conseguirlo —pensé—. No lo conseguiré.»

24

La enorme pata descendió sobre mí lentamente. El monstruo se tomaba su tiempo.

Todo parecía suceder a cámara lenta.

Quería moverme. Quería rodar y ponerme fuera de su alcance.

Pero la caída me había dejado sin aliento. Permanecí tumbada, jadeante, observando cómo descendía la pata del monstruo, que estaba a punto de aplastarme.

—¡Aaaahhh!

No podía recuperar el aliento. No podía salir de donde estaba.

Notaba el calor de la pata del monstruo. Olía su pútrido sudor.

La pata se posó sobre mi estómago.

Cerré los ojos y esperé que llegara el dolor.

Un zumbido discordante me hizo abrir los ojos.

El zumbido resonaba en la amplia habitación.

El monstruo levantó su pesada pata de mi cuerpo y el suelo se estremeció bajo su peso cuando empezó a alejarse.

«¿Estoy viva? —me pregunté—. ¿O estoy soñando que todavía estoy viva? ¿Esa criatura realmente se va sin aplastarme?»

El zumbido resonó en mis oídos. Luego cesó de pronto. Se oyó el crujido del altavoz.

—¡Se acabó el tiempo! —anuncio una voz de mujer.

Era la voz de la maestra de ceremonias de Horrorlandia que nos había llevado a aquella terrible carrera de obstáculos.

—¡Se ha terminado el tiempo! ¡Qué carrera tan emocionante! —exclamó.

Yo gruñí y me incorporé. A pesar de que la luz era escasa vi que los monstruos habían desaparecido.

—Ha sido una dura batalla —prosiguió la maestra de ceremonias por el altavoz—. ¿Tenemos algún superviviente?

—Sí —respondió la voz profunda y atronadora.

—¿Cuántos supervivientes tenemos? —preguntó la mujer.

—Tres —contestó la voz—. Hay tres supervivientes de cinco participantes.

25

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Abrí la boca para proferir un grito silencioso de sorpresa y me puse en pie de un salto.

¿Tres de cinco? ¿Significaba eso que dos habían muerto?

El pecho aún me dolía. Me temblaban las piernas. Agucé la vista buscando desesperadamente a los demás.

En medio de la habitación vi a Luke y Clay. Iban abrazados, como aturdidos, y se dirigían hacia la pared del fondo.

—¡Eh! —quise gritar. Pero solo me salió un susurro ahogado.

¿Dónde estaban mamá y papá?

¿Los monstruos les habían matado a los dos?

Tres de cinco. Tres de cinco.

—¡Noooooo! —pude gritar al fin, y mi horrible grito resonó en las paredes.

—Disculpen. Ha habido un error —atronó la voz profunda—. Hay cinco supervivientes de cinco participantes.

—¡Cinco de cinco! —proclamó la maestra de ceremonias de Horrorlandia—. Un nuevo récord. Nunca habíamos tenido esa puntuación. ¡Démosles un aplauso!

Respiré hondo y contuve el aliento, tratando de dejar de temblar.

«¡Están bien! —pensé feliz—. Mamá y papá están bien.»

Entonces les vi. Rodeaban a Luke y a Clay con sus brazos y se dirigían hacia mí.

—¡Estamos bien! —grité precipitándome hacia ellos con los

brazos abiertos—. ¡Estamos bien!

Los cinco nos apiñamos en el centro de la oscura habitación, abrazándonos y sollozando.

A papá le sangraba un brazo en el que tenía un corte profundo. Uno de los monstruos le había dado un zarpazo.

Aparte de eso, estábamos asustados pero no heridos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luke con voz temblorosa—. ¿Nos dejarán marchar?

—Esto no puede quedar así —dijo papá furioso—. No pueden hacer esto a la gente y quedarse tan tranquilos. ¡No me importa que sea la televisión!

—¡Esos monstruos eran reales! —exclamé con un estremecimiento—. No eran falsos. Realmente intentaban matarnos.

—¿Cómo salimos de aquí? —volvió a preguntar Luke—. ¿Nos dejarán salir?

Todos nos pusimos a hablar al mismo tiempo, dando voces y asustados.

De pronto se encendieron los focos del techo, que inundaron la habitación de fuerte luz. La voz de la maestra de ceremonias se abrió paso en nuestra asustada conversación.

—¡Un fuerte aplauso para nuestros ganadores! —anunció alegre.

Todos soltamos un grito cuando el suelo empezó a inclinarse. Yo me agarré a papá y empezamos a resbalar. El suelo se inclinaba hacia abajo como un tobogán. Nos deslizamos fuera de la habitación... y fuimos a parar a la plaza.

Aturdida aún, me puse en pie de un salto mientras la maestra de ceremonias de Horrorlandia se apresuraba a saludarnos. La gran multitud de Horrores aplaudía y nos vitoreaba detrás de ella.

—¡No pueden hacernos esto! —chillé.

Estaba tan enfadada que no sabía lo que hacía. Me hallaba completamente fuera de mí.

Salté sobre la mujer, le agarré la máscara y empecé a tirar de ella con las dos manos para sacársela.

—¡No pueden hacernos esto! ¡No pueden! —seguí gritando—. ¡Déjeme verle la cara! ¡Déjeme ver quién es en realidad!

Di un tirón a la máscara con todas mis fuerzas. Entonces lancé un grito y la solté cuando comprendí la verdad.

26

¡No llevaba ninguna máscara!

Aquella monstruosa cara de color verde era auténtica.

No iba distrazada de monstruo. Comprendí que ninguno de los Horrores llevaba disfraz.

Retrocedí, alzando las manos con horror como si tratara de protegerme.

—¡Son... son monstruos de verdad! —balbuceé.

Ellos asintieron, con una sonrisa de satisfacción en su feo rostro. Movieron aquellos ojos amarillos rápidamente, con regocijo.

—¡Todos ustedes... todos son monstruos! —exclamé—. Pero ha dicho que esto era un programa de televisión —dije a la maestra de ceremonias de Horrorlandia.

Sus saltones ojos amarillos me miraban fijamente.

—Nos complace decir que es el programa de más audiencia del Canal de los Monstruos —proclamó animada—. Gracias a grandes concursantes como tú y tu familia. El Canal de los Monstruos lo ven cerca de dos millones de monstruos de todo el mundo.

—Pero... pero... —balbuceé retrocediendo otro paso.

—La gente no siempre nos toma en serio —prosiguió ella—. La gente viene a Horrorlandia y cree que todo es una gran broma. Se ríen de los carteles que hay por el parque, en las atracciones. Pero para nosotros todo es serio. Todo.

Mi padre se puso a mi lado, agitando el puño con enojo.

—¡Pero no pueden hacer esto a gente inocente! —protestó—. No pueden hacer venir a la gente a este parque para torturarla y... y...

—Oh, lo siento. Se nos ha terminado el tiempo por esta semana —le interrumpió la maestra de ceremonias, meneando su enorme cabeza verde—. Lamento decir que es hora de despedir a nuestros invitados especiales de esta semana.

—¡Un momento, espere! —gritó papá, levantando las dos manos para pedir silencio.

La multitud de Horrores empezó a avanzar, silenciosa. No tuvimos más remedio que movernos con ellos.

—Permítame que les muestre cómo decimos adiós en la Cámara Oculta de Horrorlandia —dijo la maestra de ceremonias.

Papá intentó resistirse, pero varios Horrores chocaron contra él. Chocaban con todos nosotros y nos empujaban hacia lo que parecía una laguna redonda de color morado que había justo al otro lado de la plaza.

No podíamos pelear contra ellos. Eran demasiados.

No podíamos correr. Nos habían rodeado.

Nos hacían andar como si fueran perros pastores conduciendo el ganado. En pocos segundos nos encontramos de pie en el borde de la laguna morada, que desprendía un hedor terrible. El líquido morado burbujeaba y gorgoteaba provocando un asqueroso ruido de chupeteo.

—¡Dejennos marchar! —dijo Luke a voz en grito—. ¡Queremos ir a casa!

La maestra de ceremonias de Horrorlandia hizo caso omiso de sus frenéticas súplicas y se acercó al borde de la gorgoteante laguna.

—Las despedidas siempre son tristes —dijo—. Así que nosotros procuramos divertirnos un poco con las nuestras.

—¡Déjennos marchar! —insistió Luke.

Papá le puso una mano sobre el hombro para tranquilizarle.

Todos miramos fijamente a la maestra de ceremonias cuando levantó una gran roca con una mano y la sostuvo sobre el agua de la asquerosa y burbujeante laguna.

—Miren —nos dijo con una sonrisa.

Dejó caer la roca en la laguna.

En cuanto tocó la espesa superficie, fue engullida con un fuerte ruido de aspiración.

—¿Ven lo fácil que es decir adiós? —dijo el Horror volviéndose a nosotros—. Ahora, ustedes van a saltar aquí dentro… ¿o prefieren que les empujemos?

27

En silencio, los Horrores empezaron a acercarse a nosotros. Cada vez estaban más cerca. Más cerca.

Clay retrocedió, tropezó con mi pie y estuvo a punto de caer en el gorgoteante pozo morado. Yo le agarré y le sostuve hasta que recuperó el equilibrio.

Los cinco nos encontrábamos de pie en el borde del pozo.

El olor acre me inundó. Sentía náuseas. Aquel líquido viscoso de color morado me lamía los tobillos como si quisiera aferrarme.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamé.

No sabía qué esperaba que hicieran. Todos nos hallábamos indefensos.

Yo sabía que esa vez no íbamos a escapar.

Sin darnos cuenta nos cogimos todos de la mano.

—¿Saltarán... o quieren que les empujemos? —volvió a preguntar la maestra de ceremonias.

—Lamento muchísimo —murmuró papá sin hacer caso del monstruo— haberos traído aquí. Yo... no sabía... —Se le quebró la voz. Bajó los ojos.

—¡No es culpa tuya! —le dije, apretándole la mano.

Y al apretársela, tuve una idea.

Una idea descabellada, estúpida y de lo más disparatada.

Pero tenía que intentarlo, era lo único que se me ocurría.

«La gente se ríe de todo en el parque —había dicho la maestra de ceremonias de Horrorlandia—. Pero para nosotros todo es muy serio.»

«Todo es muy serio…»

«Muy serio…»

Ahora ella estaba delante de mí, esperando a que saltáramos y nos lanzáramos a la muerte, ansiosa por ver cómo el limo morado nos engullía.

Yo sabía que era mi última oportunidad, que era una locura, pero también sabía que tenía que intentarlo.

Me acerqué a la maestra de ceremonias, alargué la mano y le pellizqué el brazo con todas mis fuerzas.

28

La maestra de ceremonias se quedó boquiabierta y ahogó un grito.

Trató de apartar el brazo. Pero yo se lo sujetaba y volví a pellizcarla, más fuerte.

—¡El Pellizcador Loco ataca de nuevo! —exclamé, recordando el grito de guerra de Luke.

Los ojos amarillos del Horror empezaron a girar como locos.

—¡No! —suplicó.

Yo pellizqué más y más fuerte.

Entonces fui yo la que grité, cuando ella abrió la boca de par en par y, con un fuerte siseo, de sus labios escapó una bocanada de aire.

Di un salto atrás.

A medida que el aire le salía por la boca parecía desinflarse, como un globo.

Ahogué un grito de asombro cuando vi que se doblaba sobre el suelo.

Un grito airado surgió de la multitud de Horrores.

—¡Infladla! —ordenó uno de ellos—. ¡Infladla inmediatamente!

Empezaron a aproximarse a nosotros, gruñendo y refunfuñando amenazadoramente.

—¡Pellizcadles! —grité a mi familia—. ¡Pellizcadles! ¡Los carteles de «Prohibido pellizcar» que creíamos que eran tan estúpidos... ¡iban en serio! ¡Los Horrores se deshinchan si se los pellizca!

Se me acercó un Horror con los brazos extendidos para empujarme a la laguna. Le pellizqué fuerte en los brazos y, unos segundos después, se desinfló.

Oí a mi derecha el ruido del aire que se escapaba y vi que Luke también había desinflado a uno.

¡Ffffiuuuu! Otro que se desinflaba y se doblaba sobre el pavimento.

Fue así de sencillo.

La plaza se llenó de gritos de terror y espanto.

Los Horrores, asustados, se volvieron y echaron a correr. Mas diría que salieron en estampida. Se dispersaron por el parque, gritando sin parar.

Respiré hondo, feliz, mientras los veía huir.

—¿Veis qué útil es pellizcar? —dije, sorprendiéndome a mí misma por la broma.

No creo que nadie de mi familia me oyera. Todos lanzaban gritos de alegría y se abrazaban dando saltos.

—¡Salgamos de aquí! —exclamé.

Eché a correr hacia la verja de la entrada. Los otros me siguieron de cerca.

Ahora la puerta estaba abierta. Supongo que los Horrores la habían abierto porque imaginaban que iríamos a parar al fondo de la laguna.

Sin mirar atrás, corrimos hacia el aparcamiento vacío.

Allí nos detuvimos en seco.

—No tenemos coche —murmuré.

Con la excitación, olvidé que nuestro coche había explotado.

Dejé escapar un suspiro de cansancio. Me sentía como si yo también me desinflara, como los Horrores.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mirando el enorme aparcamiento.

—¡Está demasiado lejos para ir andando! —gimió Luke—. ¿Cómo salimos de aquí?

—¡Los autobuses! —dijo mamá, señalando.

Volví los ojos hacia la hilera de autobuses verdes y morados que estaban aparcados en un lado del aparcamiento. Relucían bajo el brillante sol de la tarde.

—¡Sí! —exclamó papá excitado—. ¡A lo mejor podemos poner

uno en marcha y huir de aquí!

Echamos a correr hacia los autobuses.

—Cruzad los dedos —sugirió papá a gritos—. A lo mejor dejan las llaves puestas. ¡Es nuestra única oportunidad!

—¡Deprisa! —gritó Luke de pronto—. ¡Nos persiguen!

El corazón me dio un vuelco. Me volví hacia la verja.

Los Horrores salían del parque en tropel y nos perseguían.

—¡Rendíos! ¡No podéis escapar! —gritó uno de ellos.

—¡Nadie escapa jamás! —declaró otro.

—¡Deprisa! —urgió Luke—. ¡Deprisa! ¡Nos atraparán!

29

Con los Horrores pisándonos los talones, gritando y amenazándonos, corrimos a toda velocidad hacia los autobuses.

El corazón me latía tan fuerte que casi podía oírlo tan bien como el golpear de los zapatos en el suelo. Me dolía la garganta y sentía una punzada en el costado.

Pero seguí corriendo.

—¡No podéis escapar!

—¡Parad!

—¡Rendíos!

Los gritos furiosos de los Horrores sonaban cada vez más cerca. Pero no me volví para ver si nos alcanzaban.

La puerta del primer autobús estaba abierta. Papá llegó el primero y subió.

Mamá subió después, seguida por los muchachos.

El motor bramó y se puso en marcha con un rugido en el momento en que yo montaba. La puerta se cerró detrás de mí.

—¡Papá... las llaves! —exclamé con voz ahogada. —¡Sí! ¡Están aquí! —me respondio feliz—. ¡Sujetaos! ¡Nos vamos!

Pisó el acelerador y el autobús arrancó con brusquedad. Yo di un traspiés en el pasillo y caí sobre un asiento, detrás de Luke y Clay.

—¡Deprisa, que vienen! ¡Que vienen! —gritaban Luke y Clay al unísono.

Yo oía los gritos airados de los Horrores a través de las ventanillas cerradas.

—¡Estamos bien! —exclamó papá, inclinandose sobre el gran

volante—. ¡Estamos bien! ¡Hemos escapado!

—¡Sí! —grité yo con alegría—. ¡Sí!

Todos empezamos a vitorear. Seguimos vitoreando hasta que salimos del aparcamiento y nos metimos en la autopista.

Nos reímos y lo celebramos durante todo el trayecto.

Tardamos muchas horas en llegar, pero no nos importó. ¡Estábamos a salvo! ¡Habíamos escapado!

Era de noche cuando papá detuvo el autobús en el sendero de nuestra casa.

—¡Hogar, dulce hogar! —recité con alegría.

Todos nos apresuramos a bajar del autobús. Yo respiré hondo y me desperecé. El aire era fresco y agradable. Una luna llena iluminaba el césped de delante de casa.

Entonces lo vi. Era un Horror y se aferraba a la parte trasera del autobús.

—¡Oh, no! —exclamé.

—¿Qué haces ahí? —preguntó papá.

—¿Has ido ahí detrás todo el camino? —preguntó Luke con incredulidad.

Yo me encogí de miedo cuando el Horror se soltó y se deslizó al suelo. Sus ojos amarillos nos examinaban con aire amenazador. Se acercó a nosotros deprisa.

Clay y Luke se escondieron detrás de papá. Mamá abrió la boca muerta de miedo.

—¿Qué quieres? —grité yo.

Él me tendió la mano.

—Toma —dijo—. Olvidamos daros los pases gratuitos para el año que viene.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.